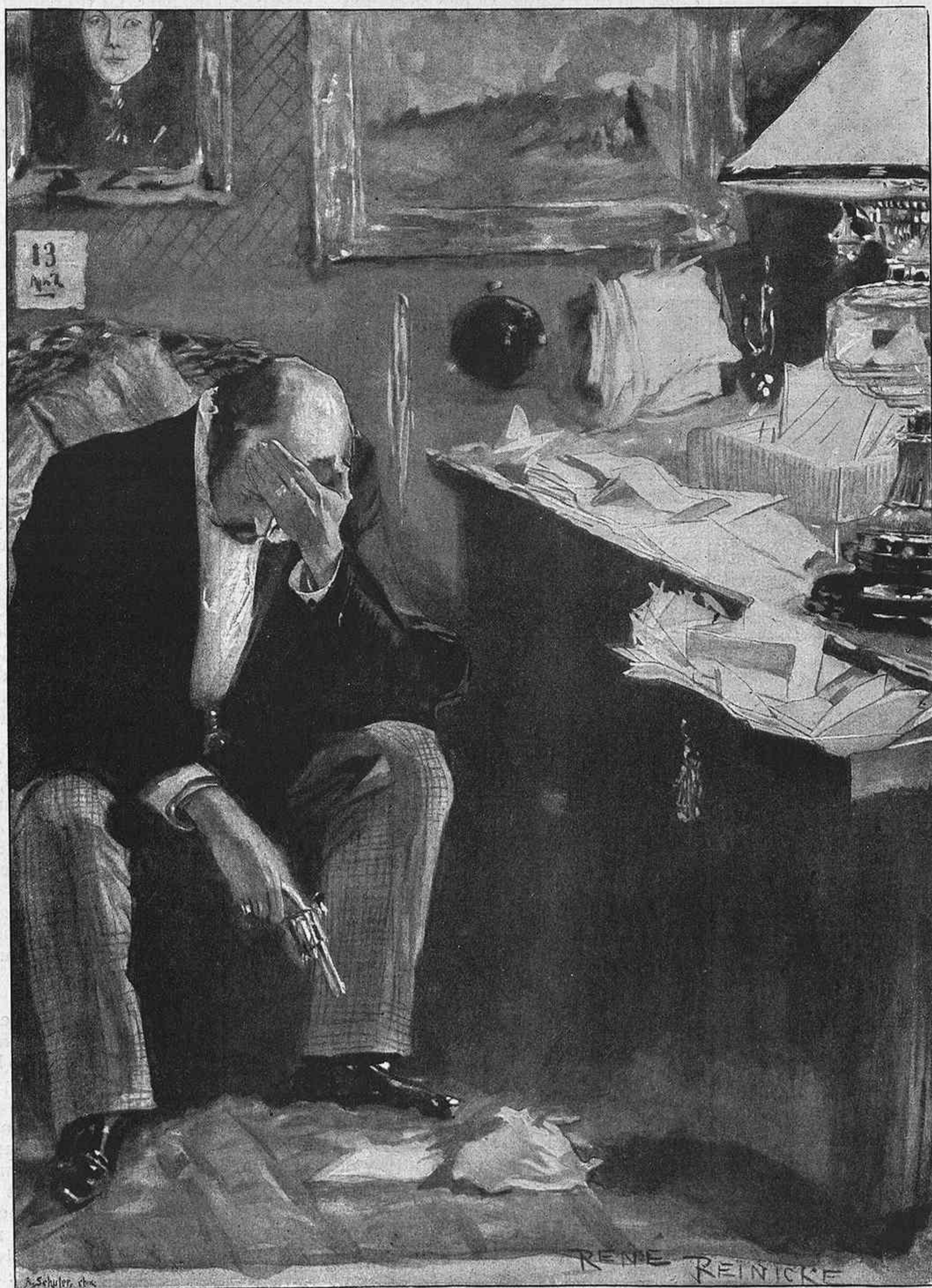


La Ilustración Artística

AÑO XVI

BARCELONA 8 DE MARZO DE 1897

NÚM. 793



¡ARRUINADO!, dibujo de René Reinicke

ADVERTENCIA

ANTOLOGÍA AMERICANA

Próximamente repartiremos a los señores suscriptores a la **Biblioteca Universal** el tomo primero de los correspondientes a la serie del presente año. Este tomo será la **ANTOLOGÍA AMERICANA**, y en él figurarán las mejores composiciones cortas de trescientos veinte poetas, los más renombrados de la América latina.

Dichas composiciones nos han sido remitidas por eminentes literatos americanos, cuyos nombres no consignamos, aunque el de alguno de ellos estará sin duda en la mente de todos nuestros lectores, y que han escogido cuidadosamente entre el abundantísimo material existente las poesías más inspiradas y más a propósito para nuestra publicación.

Sin pretender que nuestra **ANTOLOGÍA AMERICANA** sea completa, cosa imposible en una obra como ésta, creemos que en ella figuran los más ilustres cultivadores de la poesía en América, y si alguno resulta omitido débese, no a propósito deliberado, sino a la índole de aquella, a la que menos que a otra alguna puede exigirse la perfección. Además, en la imposibilidad de insertar todas las composiciones que merecían ser publicadas, nos hemos visto precisados a reducir considerablemente el número de las mismas, incluyendo en el libro sólo alguna o algunas de cada autor.

El tomo de **ANTOLOGÍA AMERICANA** irá ilustrado con retratos de muchos de los poetas cuyas firmas en el mismo figuran. Nuestro deseo hubiera sido publicar los de todos, pero no nos ha sido posible por no haber podido conseguirlos, a pesar de los esfuerzos que hemos realizado para obtenerlos.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Máscaras de teatro y calle*, por Emilia Pardo Bazán. — *El general Martínez de Campos*, por Teodoro Baró. — *La panacea*, por Eduardo Zamacois. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *La ondina de Bretaña*, novela por Pedro Maé, con ilustraciones de Vicente Cutanda (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El microfonógrafo Dussaud*, por Jorge F. Jaubert. — *Monumento erigido en Roma a la memoria de Marcos Minghetti.* — Libros enviados a esta Redacción por autores o editores.

Grabados.—*¡Arruinado!*, dibujo de René Reinicke. — *Retrato del general Martínez de Campos.* — *El príncipe Jorge de Grecia*, jefe de la escuadrilla de torpederos que ha acudido en auxilio de los cristianos de Creta. — *Mapa de la isla de Creta.* — *Insurrectos de Creta encendiendo una hoguera-señal en las montañas*, dibujo de R. Catón Woodville. — *Guerra de Cuba. Santiago de Cuba. Un bohío de la manigua. Brigada de transportes en San Luis. Sección de artillería dispuesta a salir a operaciones.* — *Después del baile de máscaras*, cuadro de A. Edler, grabado por Brendamour. — *El sacerdote Papamalekos y Mandekos*, dos de los principales jefes de los insurrectos de Creta. — *El eminente pintor español D. Luis de Madrazo*, recientemente fallecido en Madrid. — *El teniente coronel de artillería D. Salvador Ordóñez*, inventor de los cañones de su nombre. — Figs. 1 y 2. M. Dussaud y el joven sordo-mudo aplicando a su oído el auditivo telefónico. — Figura 3. Microfonógrafo Dussaud. Vista en conjunto. — *Lámpara eléctrica*, obra de F. W. A. S. Benson. — *Monumento erigido en Roma a la memoria de Marcos Minghetti*, obra del escultor Lio Gangeri.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MÁSCARAS DE TEATRO Y CALLE

Estos días ha intentado Emilio Mario sacar a luz algunas comedias viejas y antiguas, que antaño electrizaron al público y fueron objeto de discusiones y apasionadas controversias, y que hoy deben escucharse, si no con entusiasmo, al menos con el religioso silencio que imponen las obras clásicas, sancionadas ya por el tiempo. La primera, escogida por Mario para su beneficio, fué *Muñete y verás*, de Bretón de los Herreros. Yo no sé si a la gente, en general, le produjo la misma impresión que a mí: de mí sé decir que me sorprendió la maestría de la factura y la extrema sencillez, casi elemental, de la trama. Desde el primer acto se ve patente el desenlace; así es que el estímulo de la incertidumbre y de la curiosidad no sostiene el interés del espectador: el autor se priva voluntariamente de este recurso. Tampoco se vale de frases de relumbrón, ni de alambicadas ingeniosidades, ni de golpes trágicos de sentimiento. Toquecitos ligeros; apacibles escenas en que no hay un grito ni una contorsión de cuerpo o de alma; sales cómicas y nada de pimentón ni de especias; la sensibilidad recatada y pudorosa, la energía contenida y sólo manifestada en las acciones, y sobre todo el cuadro de una época trazado discretamente, con media docena de pinceladas rápidas y con profusión de medias tintas., he ahí el arte de Bretón, algo anticuado, pero exquisito. *Muñete y verás* fué bordado delicadamente por los actores del teatro de la Comedia, vestidos con rigurosa exactitud a la moda de los años 30. Los hombres parecían *currutacos* y las mujeres *lechuguinas*. El traje de la mujer, en aquel tiempo, era tan fino y tan sencillo como las mismas comedias de Bretón: nada más pulcro y decente, nada más atractivo que aquella falda algo corta descubriendo el zapato de raso y

las galgas cruzadas sobre la blanca media; aquellos corpiños altos y bien ceñidos, aquellos *chales* que señalan el talle airoso, y aquellos peinados de canastillo y bucles que dejan libre la nuca y la garganta y encuadran el rostro afinando su óvalo suave.

La segunda exhumación fué *El tanto por ciento*. Esta comedia de Ayala es relativamente de ayer. No hay que contar muchos años para recordar las discusiones que suscitó su estreno; y cuando digo discusiones, más bien debería decir aclamaciones, porque el juicio de la crítica y de los espectadores fué desde el principio favorable a esta producción de Ayala, estrenada, si no me engaño, allá por 1860 a 1861. Por ella le ofreció la prensa, y costearon mediante suscripción sus admiradores, una corona de laurel de oro, y por ella fué Ayala reconocido jefe de una escuela que pretendía conciliar el espíritu romántico y la perfección y mesura de un clasicismo en cierto modo realista. Esa hora que no siempre oyen sonar los escritores una vez en la vida, y en que su inspiración se funde con el alma del público, sonó para Ayala al producir *El tanto por ciento*. Se le saludó y proclamó gran moralista, satírico profundo y admirable disector del alma humana. Revistió *El tanto por ciento* los caracteres de un acontecimiento literario de primer orden; y la moral del desprendimiento y hasta de la imprevisión, que el poeta procuraba inculcar en las escenas del drama, tuvo, ya que no discípulos prácticos, por lo menos imitadores teóricos en centenares de autores de comedias que maldijeron del interés y elevaron altares a la prodigalidad y a la holgazanería.

Anoche asistí a la representación de *El tanto por ciento*, ante un público que ya debe de tener puesto en olvido el nombre de Adelardo López de Ayala. Con sorpresa noté desde el primer instante que la actitud de ese público era, más que otra cosa, hostil al drama, y que si en las escenas donde la Cobeña y Thuillier tenían parlamentos largos, de pasión, sonaba el aplauso, rumores de descontento acogían en cambio los diálogos de los demás personajes. No era posible dudarlos: la que hasta *Consuelo* pasó por obra maestra de Ayala, *aburría* al público; al mismo público que complacido y atento escuchara pocos días antes *Muñete y verás* de Bretón. ¿Les parecía más lánguida la comedia de Ayala? Tal vez... y yo confieso que me sucedía algo de lo mismo. *El tanto por ciento*, en determinados momentos, me pesaba como plomo. Sin embargo, Ayala no ha perdonado medio para animar el diálogo, y ha buscado elementos cómicos en las figuras de Petra, de Ramona, de Sabino y hasta de Andrés, el tronado vividor y calavera. ¿Por qué lo cómico de Ayala parecerá hoy tan apagado, tan inerte, tan soso — digámoslo de una vez? — «Estos chistes hacen llorar», exclamaba un espectador para quien era nuevo *El tanto por ciento*, y en general todo el repertorio de Ayala.

El respeto, en literatura, debe cultivarse como se cultiva una virtud: hasta a contrapelo del gusto, yo creo que es preciso respetar nombres como el del autor de *Consuelo*; y si en mi interior compartía la impresión de fatiga del público, procuré no dejarla asomar al rostro. Lo único que deseaba vivamente era darme cuenta del *porqué* de esta impresión. ¿Es que la obra de Ayala no está divinamente construída, como a torno? No por cierto: difícilmente se podrá imaginar un arte más consumado y diestro y mayor habilidad para tocar resortes. Atribuyo la frialdad con que escuchamos la obra a otras causas: la tesis ha caducado: el *negocio* que Ayala estigmatiza y flagela es una cosa, y lo que en el día entendemos por *negocio*, otra: no se puede convencer al público, toda vez que la definición de Ayala y la suya no concuerdan. En *El tanto por ciento* Ayala presenta como *negocio* una serie de infames charranadas: Andrés escondiéndose alevemente en el cuarto de una señora y saliendo de él a vista de todo el mundo, con el mal fin de desacreditarla y casarse con ella y gozar de su riqueza; Petra dejando calumniar a su bienhechora y amiga, cuya inocencia le consta, por un fin de lucro; los criados procurando la desdicha de sus amos; Roberto traicionando la amistad y ejercitando la sordida usura; en fin, un hormiguero de bajezas y ruindades que no hay por donde cogerlo, que Ayala califica de *negocio* y el espectador de *maldad* pura y neta. Por otra parte, en España no hace estragos el afán de negociar, sino más bien la pereza, la apatía y el sueño o modorra del capital; todo el mundo encuentra más cómodo invertir sus caudales en *papel del Estado*, cortando descansadamente el cuponcito y gastándose lo que viene así, como de momio, en pasarlo lo mejor posible. Anatematizar la industria, el comercio y la actividad podrá ser muy español, pero ya nadie cree que sea conveniente y útil a la patria, ni sano y fortificante como enseñanza y lección. La tesis de Ayala, mal planteada, ha envejecido, mientras la miga filosófica de *Muñete y verás* tiene una actualidad eterna.

El culto teatrillo de la Comedia va a perder su fisonomía el año próximo. Se convertirá en un teatro más *por horas*. El «género chico» plantará su enseña triunfante en ese recinto donde habitó tanto tiempo una Talía seria o cómica, siempre señorial y discreta. El público especial del teatro de la Comedia — público sano, sólido y algo remirado en cuestiones de moral — se ha enterado de la noticia con extrañeza y con pena. Estaba acostumbrado a su repertorio, a sus actores, a sus cómodas butaquitas, a su templado ambiente, a aquella atmósfera de formalidad en la diversión y de corrección burguesa en la literatura. La nueva etapa de su coliseo favorito rompe hábitos que forman ya parte de su ser. Veremos si la compañía que ha de sustituir a la de Mario consigue una concurrencia tan fiel y adicta como la que acudía a la Comedia, aun en este año triste y angustioso para todo el mundo, y más para los que de recrear al público viven.

¿Y el Carnaval?, preguntarán los que todavía están encariñados con la tradición y recuerdan tiempos prósperos para la careta y el disfraz. ¡Ah! ¡El Carnaval! Ni mejor ni peor que otros años... Más saraos y más banquetes que en Cuaresma, y muchos bailes públicos, tal vez animados para los hombres de quince a veinticinco años de edad: es cuanto puede decirse del Carnaval de 1897. A mí, en esta época, me gusta mucho mirar los escaparates. Son alegres y bonitos en su colorido los disfraces, las caretas, los abanicos, las panderas, los *confetti* y los guitarreros encintados y erizados de moños chillones. El regocijo, que acaso no existe ya en las almas, se ha quedado relegado a las cintas y a los cascabeles y a los vivos y gayos tonos de los adminículos y chirimbolos carnavalescos. Al mirar ciertas caretas, fantaseamos las bromas ingeniosas que podrían abrirse paso al través de esos sardónicos labios de cartón y de esos bigotes de tieso y fosco *crepé*. La seda de los dominós, la luz que juega en los pliegues del raso, evocan carnavales de Italia, fiestas venecianas, con góndolas que ostentan un collar de farolillos rojos, verdes y amarillos, cuyo reflejo enciende el agua sombría de los canales. Recuérdame los versos de Alfredo de Musset, tan saturados de embriaguez romántica, donde describe el dominó negro de la siracusana, y su diálogo con el extranjero que pasa y a quien sonríe. Pero el que quiera imaginar o soñar el Carnaval, que no lo vea, sobre todo en las calles, entre el polvo y el bullicio, la gresca y la jarana, en esa serie de innobles disfraces que son la danza macabra de la miseria. Que cierre los ojos para no contemplar el repugnante espectáculo de los pobres demonios enfundados en percalina negra, con rabo colorado y cuernos del propio matiz embadurnados de almagre; de los andróginos cuyo seno está hecho de rollos de trapos y cuyas botas parecen cogedores de la basura; de los chiquillos sepultados en una chistera derrengada y sin forro, y blandiendo una escoba vieja; de las muchachas envueltas en una colcha, rodando por las calles entre chuchufletas y requiebros bárbaros; de los andaluces y valencianos pediguños, que tienden a los coches una mano con uñas de riguroso luto; del asqueroso mascarón que columpia el *higú*; y sobre todo, de la tristeza general que se revela en todos estos payasos infelices, que probablemente llevan el estómago vacío, a no ser que dance en él la matinal copa de aguardiente... ¿Hay cosa más fúnebre que la apariencia de la diversión y la realidad de un sombrío aburrimiento? ¿Hay nada tan melancólico como la caricatura del placer?

La batalla de flores se ha quedado en proyecto. No sé cuándo se convencerán de que no cabe batalla de flores en climas que no las producen. Si hay que comprar a peso de oro los proyectiles, pocos guerreros se atreverán a entrar en liza. Una rosa vale un *perro* en Madrid el resto del año; y en Carnavales valdría una *perrera* si la *batalla* fuese un hecho. Déjenles esas batallas a Niza, a Valencia, a los países en que la flor está en las costumbres y al nivel del pueblo, que la canta en sus coplas amorosas y la prende en la cabeza y en el seno de sus mujeres. En Madrid sólo los ricos pueden darse este lujo poético: sólo los ricos ven flores todo el año. Por eso, y no porque destruirían las platabandas y jardines del Retiro los combatientes, no cuajó la batalla de flores. ¡Para florecitas están los tiempos! Una batalla de hortalizas tendrían siquiera el resultado práctico de que los pobres golfos hambrones recogerían del arroyo alcachofas y lechugas y harían caldo ó menestra para devorarla al día siguiente como pan bendito...

EMILIA PARDO BAZÁN



EL GENERAL MARTÍNEZ DE CAMPOS

Se ha suprimido la partícula y se le llama Martínez Campos. Ayala decía de él que era un corazón de niño forrado en héroe, y la definición es exacta. Hace años, ya después de la Restauración y siendo capitán general de Cataluña, le invitaron a recorrer las obras de prolongación del ferrocarril desde Girona a Francia, entonces en construcción. Los carruajes eran tartanas; cuantos formábamos parte de la expedición parecíamos escolares en día de asueto, Martínez Campos el primero, siempre sencillito; y como al entrar en un pueblo echaran las campanas a vuelo: «Eso es para usted,» le dije; y el general sonrió y hasta se sorprendió de que se molestaran tocando las campanas. Tuvimos que dejar las tartanas para pasar un río en una barcaza sujeta a un cable, del cual tiramos y también el general. Luego nos embarcamos en un vaporcito, en la costa de Llaná, y durante la corta travesía se habló algo de política, cosa que nada tiene de particular tratándose de españoles, pero he de añadir que se habló muy poco, lo que prueba el buen gusto de los excursionistas; y como se preguntara al general si iría a las Cortes y si aceptaría la cartera de la Guerra, contestó con viveza negativamente, porque no quería exponerse a que un teniente que fuese diputado le tratase en el Congreso de igual a igual, le interpelase y tuviese el derecho de censurarle, cosa que el general ni admitía ni comprendía. Verdad es que ó sobra la disciplina ó sobran los diputados militares; pero también lo es que lo que Martínez Campos no aceptaba está en uso en nuestras costumbres políticas, y que acabó por ser presidente del Consejo de ministros; pero al hallarse de general en jefe de aquel ejército de políticos, se encontró con que le eran desconocidas su estrategia y su táctica, y como al poco tiempo cayese en la cuenta de que quien mandaba en los ministros y en las mayorías de ambas Cámaras no era él, sino Cánovas, aprovechó la primera ocasión para decir a sus compañeros de gabinete con franqueza militar: «Señores, queda planteada la crisis.» Recogió las dimisiones de todos, se fué a palacio, las entregó a S. M., la suya la primera, y regresó a su casa con el propósito de no volver a ser presidente del Consejo de ministros, a menos que altísimos deberes no le obligaran a encargarse del poder. Desde entonces la opinión pública le ha señalado varias veces para presidir un gabinete, pero siempre se ha encogido de hombros cuando de tal cosa se le ha hablado, porque sabe que en circunstancias normales el verdadero jefe de la situación sería Cánovas ó sería Sagasta. En cambio aceptó con D. Práxedes el ministerio de la Guerra, donde le sorprendió el movimiento de Badajoz, y desde entonces ha perdido la afición al cargo de ministro, si es que alguna vez se la ha tenido.

Ha llegado a los más altos puestos, tan elevados que ya a más no puede aspirar, sin que le desvanecieran las alturas ni le engrieran los honores, y continúa siendo tan sencillito y modesto hoy como cuando salió de la Academia: come lo que le dan y fuma cigarros del estanco ó habanos de clase ínfima, deleitándose en ahumar la boquilla, tarea en la que pone el mismo cuidado que un gran pintor en dar los últi-

mos toques a una obra maestra. Cuando era presidente del Senado, algunas veces almorzaba solo para llegar con puntualidad a la Cámara alta, y tomaba un huevo frito, un bife, del cual daba la mayor parte a un hermoso bulldog, si es que los hay hermosos, y una taza de café con leche. Cuando está en campaña no hay que preocuparse de la mesa del general en jefe, porque come pollo si hay pollo, y patatas al rescoldo si ni siquiera hay con qué freirlas ó guisarlas; pero en cambio, se ocupa mucho en la alimentación y en el bienestar de la tropa.

El soldado le quiere y va confiado adonde él le lleva, porque sabe que cuida más del rancho que de su mesa y piensa más en su salud que en la propia. En una ocasión mandó quitar el termómetro del interior de su tienda y ponerlo al exterior. «Pero, mi general...» «No necesito saber la temperatura que tengo en mi tienda, sino la que tiene el soldado en el campamento por si le falta abrigo.» Durante la primera guerra de Cuba dictó minuciosas disposiciones que libraron a muchos hombres de la muerte, porque teniendo en cuenta el clima y las enfermedades, todo lo preveía para que no se abusara de la resistencia del soldado, para que éste no cometiera imprudencias y para atajar el mal al iniciarse, a fin de evitar que el descuido convirtiese en grave dolencia la que podía curarse acudiendo a tiempo. La apatía y el descuido de los generales son en campaña los más poderosos auxiliares del enemigo.

Martínez Campos no ha recordado en su larga carrera militar lo que Sancho dijo al bachiller Sansón Carrasco, esto es, «que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía,» aforismo que puesto en boca del escudero de D. Quijote por quien a la vez que príncipe de los ingenios es llamado el Manco de Lepanto, debe ser observado por cuantos a la noble profesión de las armas se dedican, y en especial por los caudillos, porque la bala que les mata, hiera a todas sus tropas. Como si el peligro no tuviese nombre, así en la península como en Cuba ha atravesado durante la guerra, solo, con su ayudante ó con un par de soldados que le servían más de ordenanzas que de escolta, territorios ocupados por el enemigo; ha celebrado entrevistas sin tomar ninguna de las precauciones que la prudencia aconseja, fiando en la lealtad del adversario, porque él no comprende que se pueda ser desleal; proceder que excita la imaginación, pero merece fuerte censura, porque el verdadero valor consiste así en hacer como en dejar de hacer, pues la temeridad no es cualidad, sino defecto. Cuando la guerra carlista se hallaban en un café de San Felio de Torelló unos cuantos partidarios de D. Carlos, quienes vieron aparecer en la plaza como por escotillón a Martínez Campos, un ayudante y dos ordenanzas; aquéllos se apearon en el acto, entregaron las bridas a los soldados y entraron en el café, no sin que antes se hubiesen escurrido más que de prisa los carlistas, quienes creyeron que las tropas habían penetrado en el pueblo salieron por una puerta que detrás del mostrador había y daba el huerto, desde el cual ganaron el puente para pasar escapados el río; porque no se les ocurrió — y a nadie se le podía ocurrir — que Martínez Campos hubiese metido espuelas a su caballo y penetrado en Torelló, dejando muy atrás a las fuerzas de su mando. Días después un vecino dió aviso del peligro que corría de haber caído prisionero ó sido muerto por los carlistas si éstos no huyen, pero Martínez Campos se limitó a sonreír y a encogerse de hombros. Siendo capitán general de Madrid montaba de noche a caballo é iba sin acompañamiento a Leganés, a Villalba, a los puntos donde había fuerzas, sin avisar a nadie, para en-

terarse de cómo se cumplía el servicio; y en Barcelona daba solo largos paseos y eran muchas las noches que iba a Sarriá a jugar al tresillo con la anciana marquesa viuda de Sentmanat, de donde regresaba al aproximarse la hora del último tren, atravesando a pie y sin compañía las desiertas calles del pueblo para ir a la estación. Los anarquistas hubieran podido matar una de esas noches al corazón leal y confiado, que nada teme porque nada debe. Cuando el atentado de Pallás, Martínez Campos sólo se dió cuenta de que el caballo le faltaba, y cayó desvanecido arrastrado por el corcel. Su ayudante D. Laureano del Busto y otro acudieron a levantarlo, y al verle sin sentido creyeron que había muerto. Metieron al general en un coche, y ya en él, recuperado el conocimiento, comenzó a darse cuenta de lo que había ocurrido. La noche del horrendo crimen del Liceo estaba en el teatro la familia de Martínez Campos y él tenía el propósito de ir; pero ocupado en los preparativos para el embarque de la brigada mandada por el general Rivera, que debía salir para Melilla, se le pasó la hora; y como al terminar sus tareas fuesen las diez y cuarto, se acostó. Al saber lo ocurrido se alegró de no haber ido al Liceo, porque su presencia hubiera podido hacer creer que contra él iba dirigido el atentado y que por estar en el teatro había perecido tanta gente.

El malogrado rey D. Alfonso XII siempre consideró mucho a Martínez Campos. Éste iba en el vagón real cuando D. Alfonso regresó de la campaña del Norte, y como el general se fijase en la espada que llevaba el monarca, le dijo que era muy buena. «Mejor es la de usted,» contestó D. Alfonso. «Señor, más vale la de V. M.» «No es mejor — insistió el rey, — porque la mía no tiene las glorias que la de usted.» No se ganó el afecto del monarca convirtiéndose en cortesano, porque nunca lo fué, y aunque se propusiera serlo, no lo lograría, pues aunque muy respetuoso con el trono, siempre ha habido en su lenguaje la sencillez del soldado y la firmeza del leal caballero que sabe que se daña al soberano ocultándole la verdad y se le sirve diciéndola. En su correspondencia con el rey brillan estas cualidades, y si un día se publica, pues guarda el general las cartas recibidas y copia de las que escribió, se aclararán algunos puntos oscuros de nuestra historia. En algunas de estas cartas insiste por que se conceda el tercer entorchado al general Jovellar y aboga por que entre como agente activo el partido fusionista en el juego de las instituciones llamándole al poder.

La enfermedad del rey le tenía hondamente preocupado, y en el mes de octubre del 85 dió a un ministro que si el gobierno no hacía asistir a D. Alfonso por dos médicos, le interpondría en el Senado sobre la salud de S. M. Al enterarse el Sr. Cánovas comisionó a D. Alejandro Pidal para que le manifestara que deseaba tener con él una entrevista, en casa del general, en la suya, en la presidencia ó donde quisiera. Optó Martínez Campos por la presidencia, y como Pidal le hiciera observar que acaso llamaría la atención, contestó que subiría a las habitaciones particulares entrando por la calle de la Greda. En la conferencia Cánovas le dió cuenta de la gravedad del rey, añadiendo que estaba dispuesto a abandonar el poder y a entregarlo al Sr. Sagasta, porque se sentía cansado; y habiéndole preguntado el general por qué no lo abandonaba en seguida en vez de esperar la muerte del monarca, replicó Cánovas que era cuestión de honor no abandonar el puesto en tales momentos. Prometió avisarle en cuanto la enfermedad tomara el carácter de gravedad extrema, añadiendo que en semejantes circunstancias prefería entenderse con él que con Sagasta. Preguntó al general qué médicos deseaba que viesen a D. Alfonso, y contestó

que el designarlos era de la exclusiva incumbencia de la reina madre y de doña María Cristina.

Se censuró al gobierno porque no dió cuenta en la *Gaceta* del estado del rey, y acalló la murmuración el Sr. Cánovas diciendo: «Publicado el primer parte, será necesario seguir insertándolo en el periódico oficial, y dada la naturaleza de la dolencia, ¿en qué cabeza medianamente organizada cabe que se condene á D. Alfonso á leer cada día el parte dando cuenta de los progresos de su enfermedad?» Esta observación es de sentido común, y por lo mismo á pocos se les había ocurrido, porque el sentido común escasea mucho.

A últimos de noviembre se presentó después de media noche el Sr. Pidal en el domicilio de Martínez Campos con una carta del señor Cánovas, en la que le daba la triste noticia de que el rey se había agravado. Fué el general el día siguiente á casa del Sr. Sagasta para anunciarle lo que ocurría y que sería llamado á formar gabinete; pero como, según costumbre, tuviese D. Práxedes mucha gente en su casa, no pudo hablarle con la reserva necesaria, porque de hacerlo hubiera llamado la atención. Volvió al otro día muy temprano para encontrarle solo. Aún no se había levantado Sagasta, á quien dió cuenta de lo que pasaba; y como durante la conversación recibiese Martínez Campos un volante en el que se le noticiaba que la enfermedad se había agravado hasta el punto de hallarse D. Alfonso en peligro de muerte, dijo á Sagasta que en vez de formar gabinete dentro de unos meses, se preparase para constituirlo inmediatamente.

La crisis de la enfermedad del rey fué rápida, y el 25 de noviembre de 1885 murió D. Alfonso XII, quien poco antes de entregar su alma á Dios había murmurado: «¡Qué conflicto!» pensando en la patria. El mismo pensamiento preocupaba á Martínez Campos y fué el inspirador de todos sus actos antes y después del fallecimiento del monarca. Al saber su muerte, corrió al Pardo y quiso ver á la reina, pero se negó á pasar recado el mayordomo mayor, duque de Sexto, ateniéndose á la consigna recibida; insistió el general invocando las circunstancias y sus títulos; mas como no cediera el duque, se dirigió Martínez Campos á su íntimo amigo el general Blanco, jefe del cuarto militar de S. M., quien pasó el recado, y á poco volvió de la regia cámara anunciando á Martínez Campos que la reina le recibiría. La encontró el general enlutada, recostada en un sofá, en estado moral y físico que movía á compasión, y después de ha-

berle dicho que estaba dispuesto á acatar y defender las resoluciones que se sirviese tomar, preguntó respetuosamente cuáles eran sus propósitos, á lo que contestó la reina que confiar el poder á Sagasta, cosa

Se le llama el hombre de las corazonadas desde que en el Senado dijo que le daba el corazón que Sagasta no sería mucho tiempo poder, y á los pocos días dejó de serlo, lo que fué origen de que se le atribuyera la crisis, en la que sospechamos que no tuvo arte ni parte. Corazonada fué la proclamación de D. Alfonso XII, porque en la reunión de generales todos declararon que no había medios de hacer la Restauración en aquel entonces, lo que no impidió que Martínez Campos, después de haber logrado reunir unos diez mil reales, demostrase en Sagunto que la Restauración ya era un hecho en la opinión pública.

El éxito constante molesta á los que á él no están acostumbrados, y no falta quien diga de Martínez Campos que no es más que hombre de suerte. Está bien; pero algo habrá puesto de su parte para tener aquella, y preguntamos: ¿por qué no han hecho lo mismo los que le escatiman el mérito? El país se acostumbró á acudir á él en circunstancias graves, creyendo que le sacaría de todos los apuros, por lo mismo que parte tan principal había tomado en la terminación de la guerra carlista en el Centro, en Cataluña y en el Norte. Cuando se le envió á Cuba, el duque de la Torre dijo que si restablecía la paz, todos los generales deberían descubrirse ante él. Y restableció la paz. Cuando el conflicto de Melilla, se le envió á Melilla; después de embajador al sultán de Marruecos para pactar la paz: cuando unos cuantos tenientes hicieron perder la cabeza y el prestigio al gabinete Sagasta, se acudió á Martínez Campos para que afirmara la disciplina, y el general se propuso decir á los jóvenes oficiales: «Señores, si ustedes me obligan me presentaré ante ustedes sin más armas que estos tres entorchados, y ó bien los respetan ó me matan.» Pero para imponerse como se impuso necesitaba los entorchados, esto es, el uniforme,

y no lo tenía. Uno de sus hijos deseó poseer su retrato pintado por Martínez Cubells, quien lo comenzó en el taller del marqués de la Rodríguez. El general dijo sonriendo al notable pintor: «Pínteme algo guapo para que la posteridad no me halle muy feo.» En dos sesiones de pocas horas pintó Cubells la cabeza, marcó los contornos á brochazos y Martínez Campos dejó en el taller la levita de uniforme con todas las condecoraciones, encargando al artista que despachase pronto, porque no tenía otra y podía necesitarla; como sucedió al ser nombrado capitán general de Madrid en las difíciles circunstancias que hemos indicado, y tuvo que mandar por ella. En aquel taller

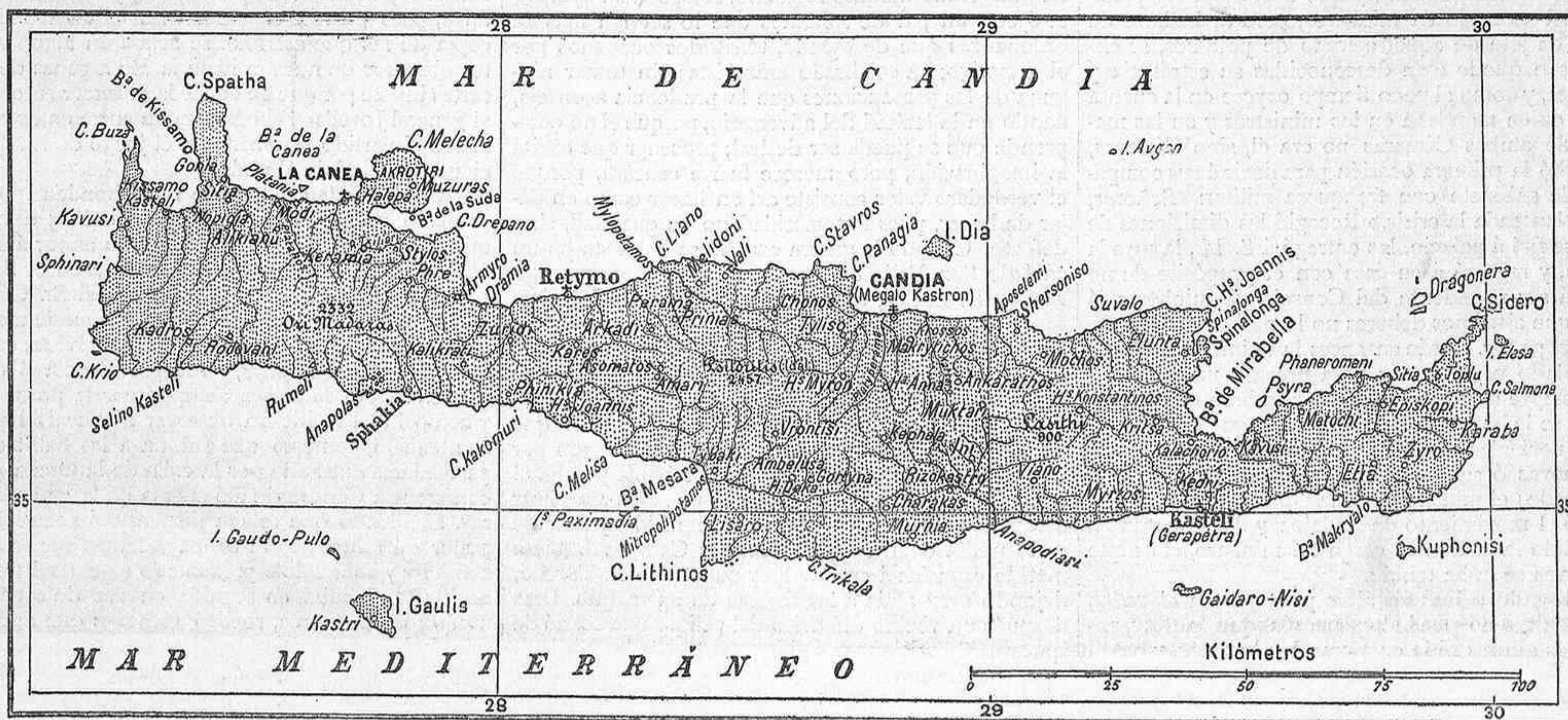


EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA,

jefe de la escuadrilla de torpederos que ha acudido en auxilio de los cristianos de Creta

que ya tenía pensada D. Alfonso. Salíó el general de aquel lugar de tristezas, siempre pensando en el porvenir de la patria y en las tremendas dificultades de la situación, impaciente por ver realizado el cambio de gabinete, porque lo creía necesario para la tranquilidad pública. Vió á doña Isabel II, á quien el dolor de madre arrancó esta exclamación: «¿Qué va á pasar aquí?»

El general Martínez Campos contestó con entereza para llevar la tranquilidad á su corazón: «Señora, no va á pasar nada. Se cumplirá el precepto constitucional. ¡El rey ha muerto! ¡Viva la reina regente doña María Cristina!» Esto fué lo ocurrido.



MAPA DE LA ISLA DE CRETA



LA INSURRECCION DE CRETA. - INSURRECTOS ENCENDIENDO UNA HOGUERA-SEÑAL EN LAS MONTAÑAS, dibujo de R. Catón Woodville

se habló de ir á Cuba, idea que no le halagaba. Pero la gravedad de los sucesos y la unanimidad con que le designaba la opinión pública le obligaron á hacer un nuevo sacrificio por la patria y por el rey. El Sr. Cánovas le dijo en el Senado: «General, es indispensable que vaya usted inmediatamente á Cuba. — ¿Quiere usted que me ponga en camino esta noche?» contestó sin mostrar extrañeza. Más tarde le vió el Sr. Pidal en el Congreso y le dijo emocionado: «España va á deber á usted un nuevo favor más;» y contestó con profética sencillez: «¡Tanto va el cántaro á la fuente!..»

Fué á Cuba por deber, no por deseo; pero tenía derecho á confiar, porque no era posible que no palpitasen en la isla los recuerdos de su mando. Los guajiros narraban que en los tres años que duró su campaña no había permanecido tres días en un mismo punto, atravesando la isla en todas direcciones sin más escolta que una docena de soldados. «El general — decían — llevaba chaqueta de rayadillo, con los entorchados en las bocamangas, pantalón de paño encarnado con media bota y jipijapa. La silla era mejicana, el estribo cerrado y sacaba los pies al poner el caballo al trote. Es un jinete infatigable, y después de dos y tres leguas de carrera, marchaba al paso una media hora para fumar un tabaco y ennegrecer la boquilla. Su equipo cabía en un maletín que ataba á la grupa, y en una hamaca de lona y un impermeable que llevaba en la capotera. No se ponía el impermeable hasta después de la lluvia, «porque — decía — así me abriga y está seco;» y al rayar el día, mientras los oficiales sudaban por ponerse las botas, el general estaba ya calzado, porque dormía sin quitarse las suyas. Aunque tenía hamaca, solía dormir en el suelo. Cuando llegó al campamento de Palma-Hueca y se enteró por un delegado de que la paz sería pronto un hecho, su fisonomía se animó, y recordando que hacía dos días apenas había probado bocado, dijo al coronel March: «Pepe, denos usted de almorzar.» Máximo Gómez se despidió de él con estas palabras: «Dondequiera que esté tendrá usted siempre un amigo, y mi casa en Santo Domingo, para donde salgo seguidamente, es la suya; pero — añadió sonriendo — si donde voy á habitar hay patio y en él un árbol, lo arrancaré. He quedado muy harto de manigua y de mani-güeros.»

Al llegar á Cuba el general no encontró, como antes, españoles unidos por el solo sentimiento de amor á la patria, sino políticos apasionados, divididos. Los combates de Peralejo y Coliseo son dignos de la epopeya, y en ellos sólo la serenidad del general evitó la derrota y la catástrofe. «Calma, muchachos, y apuntar sin precipitación,» decía con voz tranquila á los soldados entre bocanada y bocanada del humo de su cigarro. En Coliseo, rodeado de las llamas de los cañaverales, blanco de las balas, su corazón lacerado puso en sus labios estas palabras, dichas al corresponsal de *La Correspondencia de España*: «Si me da una bala se resuelve un problema y se despeja una nebulosa.» No hubo amargura que no conociera, y el noticierismo, que es el fermento de la prensa moderna, llegó á suponerle loco. Cuando los mismos que pocos días antes le habían aclamado en la Habana le indicaron la conveniencia de que dejara el mando, el general dijo: «La verdad es que quien ha subido á tan altas posiciones con tanta injusticia, no puede pedir justicia en los momentos de la caída.»

No la halló al desembarcar en la península, pero se la han hecho los acontecimientos; y hoy todos reconocen que se cometió una gran falta al llamarle de Cuba, pues se acude á su política y á sus procedimientos para devolver la paz á la isla.

Terminamos por donde debíamos empezar, consignando que nació en Segovia el 14 de diciembre de 1831, y que procede del Cuerpo de Estado Mayor. Cuando fué á Melilla, lo primero que hizo al llegar á Málaga fué ir á la catedral á rezar una salve á la Virgen de las Victorias, y arrodillándose ante el prelado le pidió su bendición. Es tan desinteresado, que cuando se abrió en Barcelona una suscripción pública para hacerle un espléndido regalo, exigió que la importante suma recaudada se destinase á los huérfanos de la guerra. Está en las altas regiones de la sociedad porque en ellas debe estar, pero conservando sus sencillas costumbres, y cortés con todos, habla con más cariño al pobre que nada tiene, que al poderoso á quien nada falta. Cuando toma la palabra en el Senado se llena el salón de sesiones, porque sólo interviene en los debates cuando á hablar se cree muy obligado, y si bien no es orador, sabe hacerse oír, prescindiendo de la retórica. En verano viste levita negra, que cubre en invierno con un gabán claro, y se le ve solo por la calle, con el bastón y el cigarro. Es nervioso, y cuando se anima, levanta la cabeza y fija en el espacio sus ojos, que parece quieren saltar de las órbitas. Es muy enemigo del derramamiento de

sangre, como lo probó en Barcelona poniendo en libertad á los federales prisioneros después del ataque de Sarriá, á pesar de que el gobierno no se mostraba dispuesto á soltarlos. Martínez Campos es lo que dijo Ayala: un corazón de niño forrado en héroe. Aunque nada puede ganar, porque todo lo tiene, siempre está dispuesto á perderlo todo por la patria y por el rey, repitiendo aquellas nobles palabras que con la mayor sencillez dijo á un periodista cuando fué á Melilla: «La patria me ha dado mucho más de lo que yo he merecido. Si pierdo mi popularidad y aun mi prestigio cumpliendo como buen español, le habré devuelto lo que es suyo.»

TEODORO BARÓ

LA PANACEA

Ventura Sánchez era uno de los estudiantes más desgraciados de la Facultad de Medicina: tenía cuarenta y ocho años y hacía más de veinticinco que cursaba la misma carrera sin conseguir alcanzar el título de licenciado. Y no se vaya á creer que Ventura fuese un calavera que malgastaba el tiempo; por el contrario, era estudioso y constante como ninguno; pero el pobrecito tenía muy poco fósforo en la mollera y las asignaturas se le olvidaban conforme las aprendía, de suerte que al llegar con mil fatigas y tropezones al último curso de la Facultad, vió que le era imposible graduarse de Licenciado.

Hacía cuatro años que se estaba preparando: en este tiempo no se le vió nunca en el café, ni en parte alguna; se pasaba, como D. Quijote, «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio;» acudía á todas las convocatorias y buscaba recomendaciones de todas clases.

A su lado habían desfilado dos ó tres generaciones de estudiantes, que, más listos ó más afortunados que él, terminaron la carrera con relativa facilidad, y el pobre Ventura les veía llegar y después irse para no volver, mientras él seguía bregando por arrancarle al destino el ansiado título.

Una mañana entró en el colegio de San Carlos dispuesto para una nueva refriega, con los ojos hundidos de no dormir, la cabeza atiborrada de nombres y de recetas mal aprendidas.

Al entrar le dijo uno de los bedeles:

— Hola, Venturita; vaya usted en seguida al despacho del señor rector, que le está esperando.

La noticia le consternó. ¿Para qué le quería el señor rector? ¿Sería para suspenderle sin tomarse el trabajo de examinarle?.. La impaciencia le torturaba, corrió al despacho del rector y se hizo anunciar.

— Amigo Ventura, dijo éste abrazándole; sé que viene usted á examinarse y no quiero hacerle sufrir una nueva decepción; su constancia, ya que no sus conocimientos, merecen alguna recompensa, y yo deseo dársela. Usted será médico hoy mismo si jura hacer lo que voy á pedirle.

Ventura estaba como quien ve visiones y no supo qué contestar.

— ¿Usted piensa ejercer cuando salga de aquí?.. preguntó el rector.

— Sí, señor... No tendré otro modo de vivir...

— Pues bien; yo le hago á usted médico, siempre que me prometa no dar á sus enfermos más que *agua de limón*, sea cual fuere su enfermedad.

Ventura se sintió anonadado; ó soñaba, ó el rector tenía ganas de broma.

— Se lo digo á usted formalmente, continuó éste, porque creo que más curas hace la naturaleza que un mal médico; el agua de limón es inofensiva, y dándola en todos los casos nunca tendrá usted el remordimiento de haber sacrificado á ningún semejante. Conque, ¿quedamos en eso?..

— Sí, señor...

— Usted es hombre de honor, y los hombres honrados son esclavos de sus promesas.

— Hasta la muerte lo seré de la que le hago á usted en este momento.

— ¿No recetará usted más que agua de limón?..

— Nada más que agua de limón, repuso Ventura.

Entonces el rector cogió un título que estaba sobre su bufete, y después de firmarlo se lo entregó diciéndole alegremente:

— ¡Ya es usted médico!..

Y Ventura, no encontrando palabras con que expresar su gratitud, le besó la mano y salió ebrio de alegría, y oprimiendo contra su corazón aquel título que tantos y tan malos ratos le había costado.

Todavía, al volver un pasillo, oyó la estentórea voz del rector que le recordaba su juramento.

— ¡Ventura, que todo se sabe!.. ¡Agua de limón, Ventura, que la conciencia no duerme!..

Cinco años hacía que D. Ventura vegetaba en su pueblo; en este tiempo muchas fueron las personas

que hubieron de recurrir á sus conocimientos profesionales, y Ventura, fiel á su palabra, recetaba agua de limón á todo pasto; lo mismo á los niños atacados de garrotillo ó sarampión, que á los viejos reumáticos, que á los que tenían estrecheces en la uretra.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Ventura hizo, al creer de las gentes, algunas curas milagrosas que le granjearon la admiración de todos, especialmente del cura, que no se cansaba de encomiar la ciencia del *doctor*, su invariable compañero de tresillo.

Entretanto era feliz, mucho más feliz de lo que algunos filósofastros escépticos creen que se puede ser en este mundo; se había casado con una jamona frescota, algo entrada en años y en carnes, á quien conoció niña y que tuvo la rara paciencia de esperarle los treinta años que duró su vida estudiantil; era de carácter bondadoso y ya le había dado un fruto de bendición; un chico lombriciente, tripudo y pernitocido; el vivo retrato de su padre, cuando era niño.

Dos cosas nada más turbaban la felicidad de don Ventura: primera y principal, las habladurías del boticario del lugar, viejecillo bilioso que no se cansaba de ponerle como digan dueñas, sin duda porque con su panacea dificultaba la venta de los malditos ungüentos que tenía en su farmacia; y segunda, que si cualquier día un vecino se quebraba las piernas ó recibía una puñalada, ¿cómo iba á recetar agua de limón?.. ¿No sería exponerse á las burlas de todo el mundo?.. Tales eran los pensamientos que acibaban la vida de D. Ventura, cuando la suerte dispuso las cosas de manera que cobrase nueva fama con aquello mismo en que temía tropezar.

Sucedió, pues, que una tarde, á la hora de la siesta, se presentó un mozo en casa del médico diciéndole que le siguiera inmediatamente, porque había un hombre que se estaba ahogando.

— ¿De qué se trata?, preguntó D. Ventura por el camino.

— Se trata, contestó el mensajero, de que en el tren que ha *venido* de Madrid hay un señor enfermo; *paice* ser que se ha *tragao* una semilla de melocotón y no *pue* echarla ni *pa* adelante ni *pa* atrás.

— ¡Ya apareció *aquello*, el caso que yo temía!, murmuraba el médico, y agregó en voz alta: ¿Dices que viene de Madrid?..

— Sí, señor; es un viejo grueso, *mu* simpático, que va á Archena á curarse el reuma.

Llegaron á la estación: D. Ventura, más muerto que vivo, atravesó el grupo de curiosos reunidos en torno del paciente y acercóse á éste... ¡Oh sorpresa á nada comparable!.. El enfermo que en aquellos instantes reclamaba su ayuda con tanta urgencia era el mismísimo rector de San Carlos, su antiguo amigo y maestro. El pobre anciano, á pesar del estado en que se encontraba, hubo de reconocerle, y le dirigió una mirada de angustia, suplicante, como diciendo:

— ¡En buenas manos he caído; este zángano me mata sin sacramentarme!..

D. Ventura miró á su alrededor con ojos de loco, é iba á pedir una cuchara..., pero de repente se acordó del juramento empeñado, y haciendo un esfuerzo gritó con todos sus pulmones:

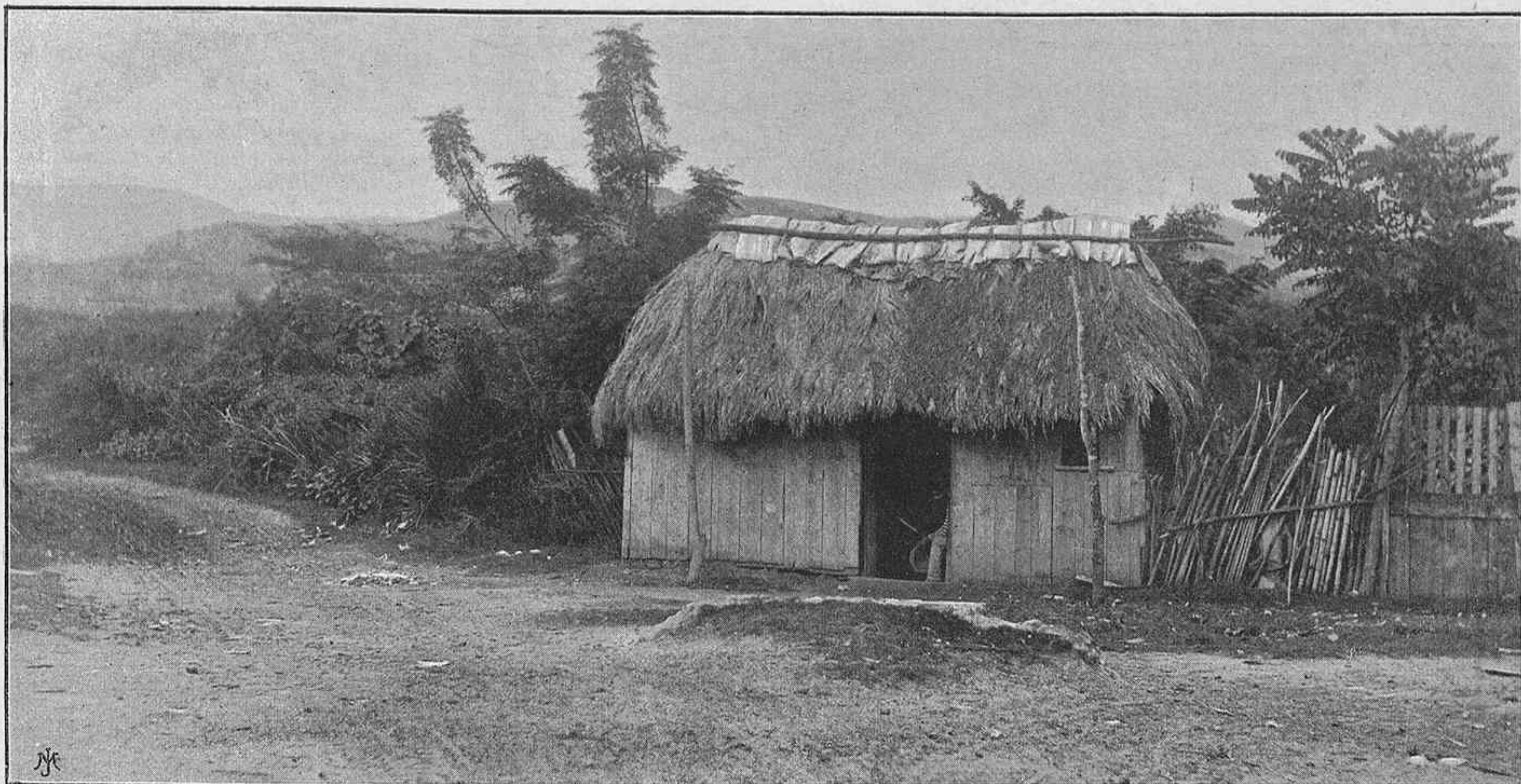
— ¡Esto no es nada: que traigan agua de limón en seguida..., pronto!..

Los circunstantes se quedaron estupefactos, pues aunque ya conocían la panacea de D. Ventura, nunca imaginaron que también la recetase en un caso tan extremo como aquel: en cuanto al rector, fué tan grande la hilaridad que le causó oír la inesperada medicina de su antiguo discípulo y la buena fe con que cumplía su ridícula promesa, que se olvidó de su estado, y en un violento ataque de risa logró arrojar la semilla que le ahogaba; poco después tomó el brebaje que le presentaron, que sirvió para suavizarle la garganta, y se sintió completamente bien. El tren, entretanto, se fué, y el rector, viendo que hasta dentro de algunas horas no podría reanudar su interrumpido viaje, aceptó gustoso la invitación que su salvador le hizo de cenar en su compañía.

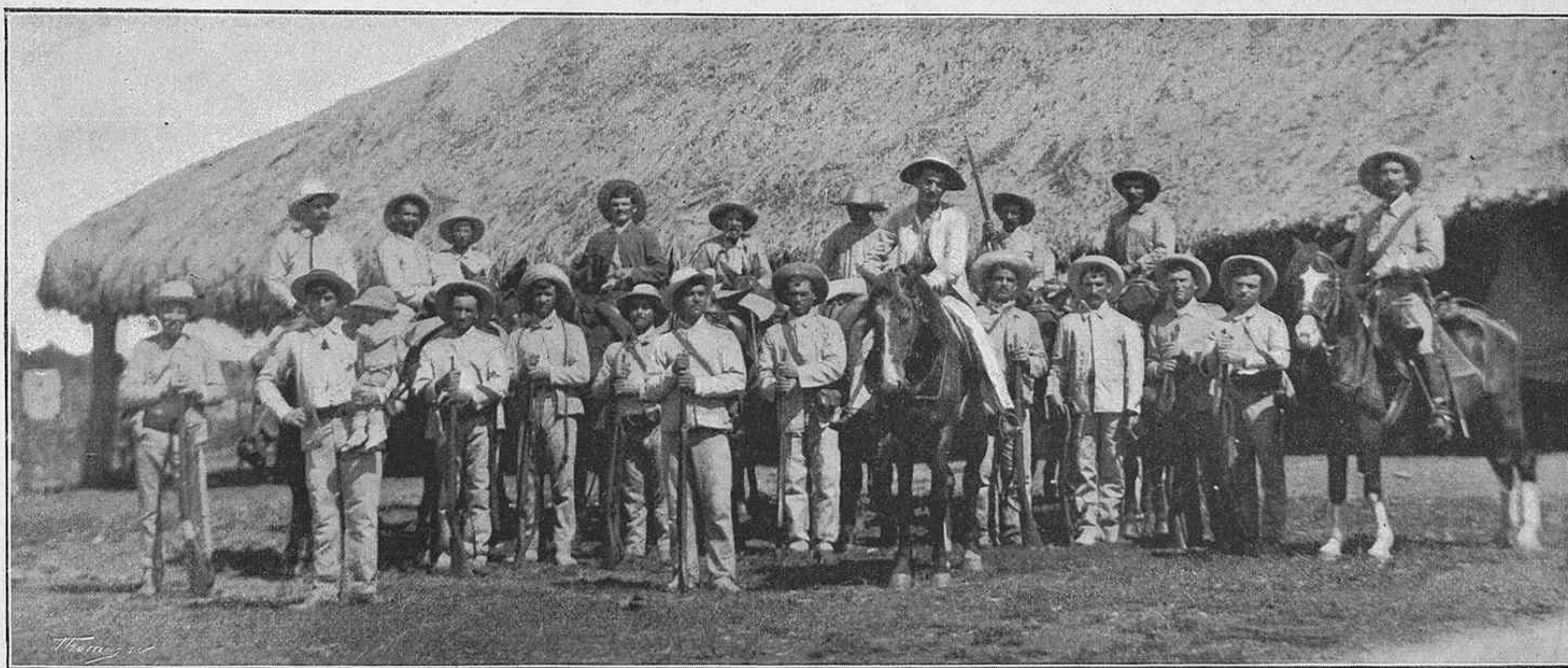
Desde entonces la fama de D. Ventura quedó definitivamente asentada, y hasta el mismo boticario, á pesar de su genio avinagrado, pareció participar de la opinión general.

Algunos años más tarde, después de la muerte de Ventura, los vecinos del pueblo, por iniciativa del alcalde, hicieron una suscripción para levantar un monumento que perpetuase la memoria de tan famoso médico. Y en efecto, á la entrada del lugar, y en un recodo de la carretera, hay una estatua que representa á D. Ventura Sánchez, de pie, con sus patillas á lo Méndez Núñez, el sombrero en una mano y un libro en la otra; y á sus pies, bajo un grupo de limoneros, corre una fuente en donde nunca falta algún viejo que cuente la anterior historia á las mozas del lugar que van por agua á la caída del sol.

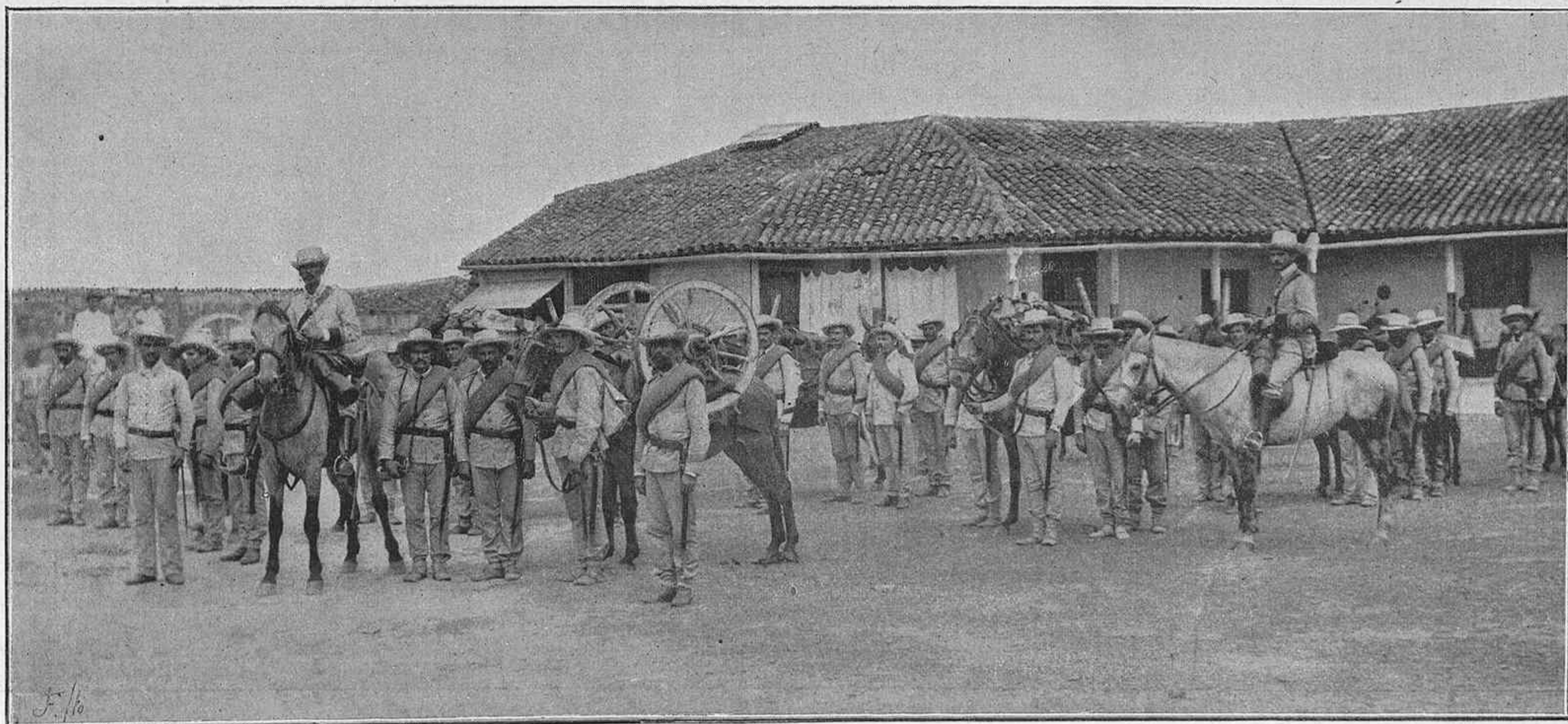
EDUARDO ZAMACOIS



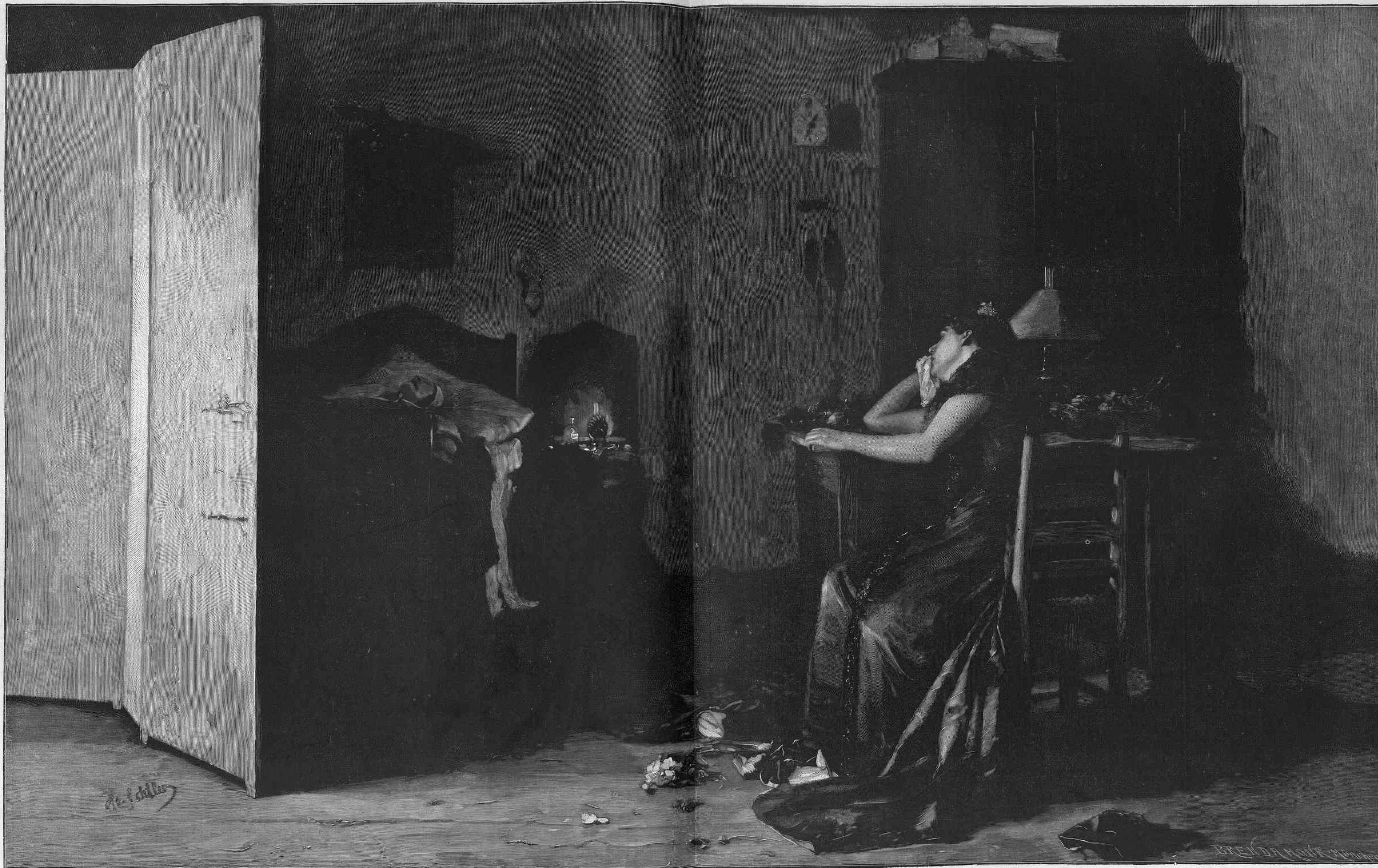
GUERRA DE CUBA. - SANTIAGO DE CUBA. UN BOHÍO EN LA MANIGUA (de fotografía de D. A. Ferrer)



GUERRA DE CUBA. - SANTIAGO DE CUBA. BRIGADA DE TRANSPORTES DE SAN LUIS (de fotografía de D. A. Ferrer)



GUERRA DE CUBA. - SANTIAGO DE CUBA. SECCIÓN DE ARTILLERÍA DISPUESTA A SALIR Á OPERACIONES (de fotografía de D. A. Ferrer)



DESPUÉS DEL BAILE DE MÁSCARAS, CUADRO DE A. EDDLER, GRABADO POR BRENDAMOUR (de fotografía hecha en 1894 por Franz Hanfstaengl, de Munich)

NUESTROS GRABADOS

¡Arruinado!, dibujo de René Reinicke.—El afán del lujo y de los placeres, el deseo de eclipsar á los demás, hacen á veces forzar la máquina, como vulgarmente se dice, y el que vive de sus rentas, no teniendo bastante con éstas, consume el capital, y el que de sus negocios vive, hallando insuficiente el rendimiento de los ordinarios, acomete otras empresas en que el mayor lucro es proporcional al riesgo mayor. Ciertamente que no todos los rentistas ni todos los comerciantes obran así y que la mayoría obedece las reglas de la prudencia; pero las excepciones, los que emprenden aquellos caminos peligrosos, tienen segura la ruina, que muchos no pueden resistir: entonces surge ante ellos el espectro de la miseria, tal vez el de la deshonra, para huir de los cuales no hallan mejor remedio que el suicidio. El célebre dibujante alemán René Reinicke nos presenta en su hermoso dibujo el triste desenlace de uno de esos dramas de la vida moderna, y la figura por él tan admirablemente trazada es de un vigor tal, encierra un sentimiento tan profundo, que contemplándola nos parece seguir el curso de los agitados pensamientos que bullen en aquella cabeza que una bala no tardará en destruir.



El sacerdote PAPAMALEKOS,
uno de los principales jefes de los insurrectos de Creta



MANDEKOS,
otro de los principales jefes de los insurrectos de Creta

La insurrección de Creta.—Nuestros lectores habrán podido ver en las *Murmuraciones europeas* publicadas en el número anterior tratada la cuestión de Creta de la manera magistral con que trata todas las cuestiones de la política internacional nuestro ilustre colaborador D. Emilio Castelar. Esto nos ahorra de entrar en explicaciones acerca de las causas del movimiento insurreccional estallado en aquella isla, y nos permite entrar de lleno desde luego en la descripción de los grabados que relacionados con el mismo publicamos en el presente número. El príncipe Jorge, que á poco de iniciada la insurrección cretense fué investido del mando de la flotilla de torpederos griegos enviada para ayudar más ó menos ostensiblemente á los cretenses, es el hijo segundo del rey de Grecia: cuenta actualmente 27 años, es rubio, de ojos azules, alto y robusto, hábil en todos los deportes y está dotado de una fuerza muscular maravillosa, por lo que los súbditos de su padre le llaman el *príncipe atlético*. Ha hecho sus estudios en la Escuela Naval y en la actualidad es capitán de fragata y comandante de la primera división de la defensa móvil. En 1886 hizo su primer viaje dirigiéndose á París; después dió la vuelta al mundo y permaneció largo tiempo en Inglaterra, estudiando allí todas las cuestiones navales. Unido por estrecha amistad con su primo el actual



El eminente pintor español D. LUIS DE MADRAZO
recientemente fallecido en Madrid (de fotografía)

tsar de Rusia, acompañóle hace seis años en su viaje á Oriente, y pudo salvarle la vida cuando en los alrededores de Tokio un fanático japonés atentó contra el entonces tsarevitch. Desde aquella época quedaron más unidos si cabe que antes el príncipe Jorge y el actual emperador Nicolás II.

El príncipe Jorge, panhelenista ardiente, es en extremo popular por su buen humor y su afabilidad extraordinaria.

La isla de Creta, cuyo mapa publicamos en la página 164, tiene 8.580 kilómetros cuadrados y 294.192 habitantes, cristianos en su inmensa mayoría. Por todos lados, excepto por el que mira al Peloponeso, rodeanla profundos abismos marítimos y en su interior alzanse elevadas y abruptas montañas que constituyen la más segura defensa para aquellos isleños. Las principales ciudades son la Canea, Retimo y Candía. La primera es la capital de la isla, está situada sobre una playa baja y su puerto es el más importante de Creta.

El clero cretense ha tomado siempre parte muy activa en la insurrección de la isla, provocadas todas ellas por la barbarie y el fanatismo de los musulmanes: entre los sacerdotes que forman actualmente en las filas insurrectas ocupa lugar principal el monje de San Basilio, Papamalekos, que ya se distinguió en el levantamiento ocurrido en el verano último. Goza de gran

influencia en Creta, está en constantes relaciones con los más importantes personajes de Atenas y en él tienen ilimitada confianza sus ricos compatriotas, que con sus caudales apoyan la rebelión. Hace poco estuvo en Francia, en donde adquirió gran cantidad de armas y municiones. En el retrato que de él publicamos lleva el traje nacional cretense. El otro personaje que á su lado aparece es Mandekos, uno de los más prestigiosos jefes de la insurrección, admirado en toda la isla por su valor y su energía; nunca se siente más feliz que cuando pelea contra los dominadores de Creta, y cuando dispara contra ellos dice que *juega á la pelota con los turcos*.

La lámina que va en la página 165 representa á un grupo de cretenses encendiendo en las montañas una hoguera-señal, sistema que los insurrectos emplean á modo de telegrafía de campaña para comunicarse unos con otros.

Guerra de Cuba.—En la página 167 publicamos tres grabados reproducidos de fotografías que de Santiago de Cuba nos ha remitido D. A. Ferrer, cuya mejor descripción está en ellos mismos: son tres notas interesantes del teatro de la guerra, que creemos han de ver con agrado nuestros lectores y que continúan la serie de las que venimos dando como información gráfica desde que comenzó la campaña.

Después del baile de máscaras, cuadro de A. Eddler.—¿La llevó al baile el afán de placeres, el vicio, el impulso de un instinto desenfrenado? ¿Fue allí en un acto de desesperación para ver si encontraba algo con que aliviar la miseria en que ella y su madre moribunda se consumían? ¿Quién lo sabe! El cuadro de Eddler no nos permite adivinar el primer término del problema y sólo nos ofrece la solución del mismo, solución horrible, expresada en una composición intensamente sentida y desarrollada con un vigor que revela la mano de un consumado maestro.

La figura de aquella joven, cubierta aún con las galas que en el baile luciera y contemplando el cadáver de su madre, produce una de esas impresiones que difícilmente se borran y á la que contribuye poderosamente la tristeza de la estancia en que la escena se desarrolla y el tinte sombrío en que están envueltos los objetos.

D. Luis de Madrazo.—Este ilustre artista, uno de los que más han contribuido á la elevación de la pintura española en nuestros días, nació en Madrid en 27 de mayo de 1825 y se distinguió muy pronto como dibujante y pintor de cualidades excepcionales. Con su primera obra, *Tobías devolviendo la vista á su padre*, ganó en 1848 la pensión de Roma, pintando desde entonces ininidad de cuadros que le valieron las mayores recompensas en España y en el extranjero; entre ellos citaremos el *Entierro de Santa Cecilia*, *D. Pelayo en Covadonga* y *Santa Isabel reina de Hungría*. Disgustado justamente por el fallo del Jurado de la Exposición de Madrid de 1862, renunció desde entonces á exponer en certámenes públicos y siguió pintando sólo asuntos de encargo y retratos, género en el que ha dejado verdaderas obras maestras. Modesto hasta la exageración, no quiso nunca ser académico, ni tenía cruces ni distinciones. Fué auxiliar en la enseñanza de las Bellas Artes en 1857, profesor de la Escuela de Pintura en 1880 y director de la misma desde 1891.

El teniente coronel de artillería D. Salvador Ordóñez.—El nombre de este ilustre jefe de nuestro ejército es popular, no sólo en España, sino que también entre todos los ejércitos extranjeros: los cañones por él inventados le han dado



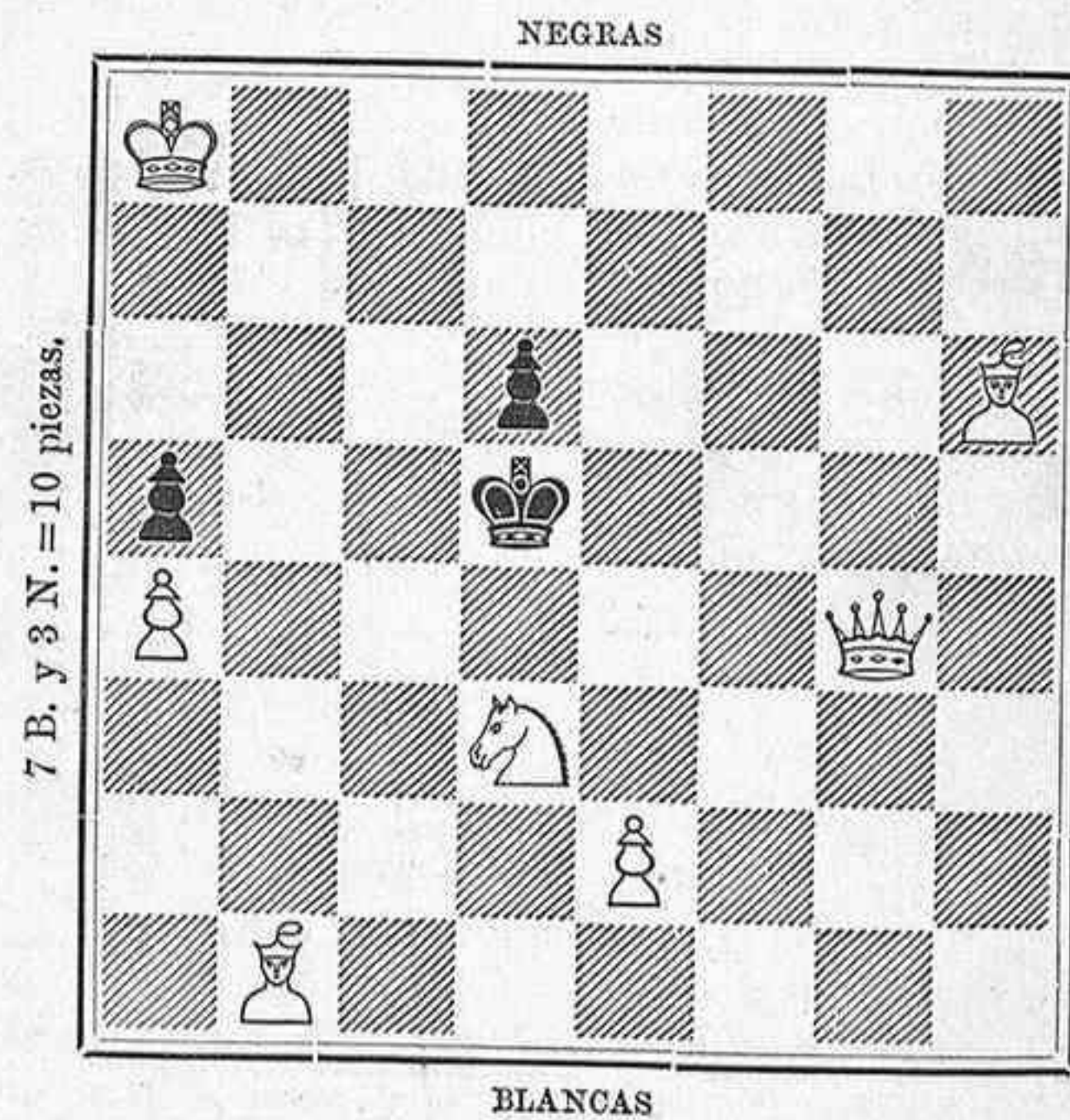
El teniente coronel de artillería D. SALVADOR ORDÓÑEZ,
inventor de los cañones de su nombre
(de fotografía de J. A. Suárez y C.^a, de la Habana)

universal celebridad, y recientemente en la Habana se han hecho en la batería de «Santa Clara» nuevas pruebas de los mismos, que han demostrado una vez más su bondad y su importancia. La fotografía que reproducimos nos ha sido remitida por los fotógrafos de la Habana J. A. Suárez y Compañía.

Lámpara eléctrica, obra de F. W. A. S. Benson.—Por su elegancia, por su carácter artístico bien merece ser reproducida la lámpara eléctrica que publicamos en la página 174 y que figuró en una exposición de industrias artísticas recientemente celebrada en Londres. La armonía del arte y de la industria es hoy una tendencia universal, y las naciones que dan á los asuntos artísticos la importancia que merecen, hacen constantes esfuerzos para que la industria vuelva á sus antiguos derroteros y fomentan aquellas enseñanzas que convierten á los artesanos en verdaderos artífices.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 60, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 59, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. D6R	1. R4AD (*)
2. C toma P jaque	2. R5D
3. C5CD mate.	

(*) Si 1. R6AD; 2. D6CD y 3. C5D mate;—1. P4TD; 2. C de 7 A á 5 CD jaque y 3. D mate;—1. A7CD; 2. D5D jaque y 3. D mate;—1. P5AR; 2. D4AD jaque y 3. D mate;—1. C4R; 2. D6CD jaque y 3. D6C mate;—1. C juega á otra casilla; 2. D toma PR mate, y 1. A6AD; 2. D5D mate.

En esta estación es en la que es preciso ensayar los productos preconizados para los cuidados del cutis. A pesar de las intemperies, la cara y las manos permanecen intactos, si se emplean la CREMA SIMON, los POLVOS DE ARROZ SIMON y el JABON SIMON. La crema Simón no es un afeite, es el Cold-Cream por excelencia. Exíjase en cada frasco la firma

J. SIMÓN, 13, r. Gagne-Batelière, PARÍS

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL - ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

¿Por qué había necesitado dormirse para conocer la dicha de ser amada? Lena volvió a cerrar sus párpados y se empeñó obstinadamente en dar nueva vida a la seductora ilusión.

¡Ay! Fueron vanos sus esfuerzos.

El hilo de la trama estaba ya cortado: las visiones huían en el espacio, desvaneciéndose para no volver más.

Y la razón, aquella razón que Magdalena había conseguido despertar a fuerza de voluntad y de energía, reconquistó victoriosamente el terreno de que la imaginación poco antes se había enseñoreado.

— ¡Estoy loca!, pensó en voz alta la joven.

Y ¿quién sabe? Quizás había algo de verdad, pues locura venía a ser la prolongación del ensueño.

Como si aquella frase hubiera sido un desafío, la imaginación volvió a ejercer su influencia. De su conflicto con la razón nació la reflexión. Poco a poco, la soñada imagen fué reduciéndose en el espíritu de Magdalena a una simple alegoría.

Comenzó la joven a analizar sus propios sentimientos, haciéndose preguntas a las que ella misma contestaba.

¿De dónde le había venido el brusco deseo de aprender? ¿Por qué había emprendido con tanta tenacidad estudios que hasta entonces tuvo por inútiles y encontró insípidos é insoportables?

Su conciencia habló claramente.

Toda aquella transformación de su ser había sido provocada por un solo sentimiento, había sido inspirada por una sola idea: la idea de merecer de Pablo una estima a que quería hacerse acreedora, y el sentimiento del perfecto egoísmo que descubría en el fondo de la gracia superficial de Alina.

¿No le faltaba a ella también, acaso, a la misma Lena, una perfección que adquirir, y para girar dentro de los términos de la leyenda, no era su alma la que quería conquistar?

Estaba tan sumergida en la meditación, que permanecía con los ojos abiertos, inmóvil, en el mismo sitio, sin darse cuenta del tiempo que pasaba, ni de la noche que a su espalda sombreaba el cielo.

La hora estaba llena de armonía sublime. Las estrellas empezaban a brillar en el azul pálido del firmamento. Las nubes del horizonte retenían en sus contornos un filete de oro fundido. Las gaviotas tornaban a los arrecifes lanzando gritos agudos y haciendo gran ruido de alas.

Lena recobró de pronto la noción del momento y del lugar.

— ¡Dios mío!, exclamó. ¡Qué olvido! Se me ha pasado la hora. ¡Qué inquietos estarán en el castillo! Mi pobre Gwen debe ser presa de espantosos terrores.

Levantóse, disponiéndose a partir.

El mar estaba en su plenitud.

Cuando la joven fué a saltar el foso, tuvo que retroceder ante la anchura inusitada del agua que lo cubría. El agua salada encerraba en su islote, y si Alain no regresaba en seguida, sería preciso esperar seis horas para poder volver a tierra firme.

No podría estar en el castillo hasta media noche.

Experimentó una verdadera contrariedad, no por ella precisamente, sino pensando en las crueles angustias que aquella tardanza iba a causar a la institutriz.

Sus ojos se humedecieron y murmuraron sus labios:

— ¡Pobre Gwen! ¡Me ama tanto! ¡Le doy tantos disgustos!

Por fortuna, su olvido no iba, por aquella vez, a tener consecuencias.

Volvió a sentarse en el umbral, y cuando su mirada se perdía en la creciente sombra, *Spring*, que se había echado silencioso a sus pies, dejó oír de pronto un ladrido sonoro y alegre.

Al mismo tiempo se percibió, a un centenar de metros del islote, un ruido de remos que acompasadamente hendían el agua.

El bote del padre Alain destacóse lentamente de las brumas, impregnadas aún de una claridad vaga, y el viejo marinero hizo entrar por fin la pequeña embarcación en su estuche roquizo.

Un instante después saltaba a tierra el muy bondadoso anciano delante de Magdalena regocijada.



Al llegar a la última línea, cayó una lágrima de sus ojos

— ¡Ah, señorita Lena!, exclamó sin preámbulos. ¿Sabe usted en qué me está haciendo pensar?

— No, padre Alain. Dígamelo.

— En la historia que le conté a usted el otro día. Me hace usted el efecto de la... ¿cómo se llama eso?.. ¡Ah, sí, de la ondina que suplicó y lloró para que le diesen una alma.

La huérfana estremecióse al oír aquello.

¿Por qué la primera palabra que le dirigía su anciano amigo, recordándole la leyenda, se relacionaba con el ensueño que acababa de tener y que la había cautivado hasta el punto de hacerle olvidar la hora del regreso?

Lena, sin embargo, se echó a reír contestando:

— Pues bien, padre Alain, es lástima que no tenga de la ondina más que el parecido... No he podido pasar el foso, siéndome preciso resignarme a aguardar hasta tanto que usted volviera para rogarle que echara el puente.

Como lo había previsto, cuando Lena hubo regresado al castillo encontró a la pobre Gwen presa de los más vivos terrores.

Contra su costumbre, no quiso bromearse con ella burlándose de sus miedos. Por el contrario, corrió hacia la institutriz con los brazos abiertos, colgóse de su cuello y le dijo con una voz donde se sentían temblar las lágrimas:

— ¡Perdón, mi pobre Gwen! ¡En la culpa he llevado el castigo!

Inútil decir que miss Hotspur era incapaz de guardarle rencor.

Mas experimentó una verdadera sorpresa. El tono, la actitud y hasta la fisonomía de Lena revelaban un profundo cambio.

Creyó notar en su rostro algo así como un aire de gravedad que nunca en él había observado. El día fué para la joven día de revelaciones íntimas; pero aún le reservaba algo nuevo.

Apenas se calmó la emoción de Gwendolina, fué ésta a su cuarto, volviendo a los pocos momentos con una carta abierta que entregó a Magdalena, diciéndole:

— Su tutor me la envía. Es para usted.

La huérfana sintió latir fuertemente el corazón, al mismo tiempo que se encendía su rostro. Había conocido la letra, y aunque la carta no era larga, su contenido inesperado bastaba para motivar la repentina turbación de la joven.

Pablo le escribía lo que sigue:

«Mi pequeña ondina: No tengo más que el tiempo preciso para enviarte un recuerdo. Llegamos a la rada de Punta de Gales en el instante mismo en que sale el correo. ¿A que no adivinas lo que tengo a mano para sellar el lacre con que cerraré el sobre de esta carta. Justamente el pie de la copa que rompiste la noche de nuestra despedida, pues me lo traje conmigo.

«Cuando veas a la señorita de Pelvoux háblale de mí, y háblame a mí extensamente de ella cuando me escribas.»

Lena sonrió al comenzar la lectura. Al llegar a la última línea, cayó una lágrima de sus ojos.

SEGUNDA PARTE

EL ALMA DE LA ONDINA

I

«EL TIEMPO NO TIENE RIBERAS»

«Mi querido primo: Ya hace año y medio que nos dejaste. Afortunadamente, el tiempo no pasa sólo para nosotros. También para ti pasan los días y tras las semanas deslízanse los meses. Con seis más que transcurran te veremos regresar a Ely. Espero que te darán esta vez una larga licencia, lo cual me causará gran placer, y que no tendrás que hacer nada, pudiendo entregarte al reposo, pues bien te lo has ganado. Por lo menos mi tutor me afirma que no pueden negártela y que ha dado ya oportunamente todos los pasos necesarios para conseguirla...

«Ya que hablo de mi tutor, déjame decirte en esguila que su ascenso a capitán de navío lo ha rejuvenecido..., no quiero darte a entender que estuviera viejo, nada de eso; pero diríase que se ha quitado algunos años de encima. La verdad es que desde que no necesita estar como antes con la cabeza siempre inclinada sobre sus malditos mapas, se lo ve derecho como un álamo del Laita.

«Tengo que darte la noticia de que, gracias a la inteligencia de esta buena de Gwen, cuyo mérito cada día aprecio más desde que dejé de ser la necia chícuela que conocías al marcharte, que gracias a esta buena de Gwen, te repito, hemos instalado en Ely una soberbia vaquería. Mi tutor ha encontrado una excelente ocasión de vender mi propiedad de Pontivy, pero se ha reservado diez vacas que aquí nos dan leche, manteca y quesos exquisitos. He de confesarte que yo he contribuido mucho a ello desde que nuestro buen doctor M. Loarn me ha dicho que no hallarás nada mejor para restablecer tu salud, después de tu regreso del Extremo Oriente, que la leche, la manteca y los quesos de nuestra vaquería. Además, no se me ha olvidado lo mucho que te gustaban las cremas frescas de Sarzeau, y puedo asegurarte que si en otras cosas no he dejado muy satisfecha a miss Hotspur, en esta he aprovechado bien sus lecciones.

«Desde que ni tú ni mi tutor pertenecéis a la defensa móvil, diríase que estos marinos están incomodados con nosotros. Ya no se ve por aquí ni un solo torpedero. Hay que ir hasta Quiberón para ver desde lejos la silueta de un buque.

«Verdad es que he visto muchos este invierno en Lorient, de donde acabo de llegar; me es preciso conformarme a las constantes reclamaciones que me diriges en tus cartas.

»Alégrate, voy á hablarte de ella, y extensamente esta vez, según me lo exiges. La señorita Alina de Pelvoux está más bella que nunca... Así es que mientras ha permanecido en Lorient ha obtenido muchos triunfos... Le han hecho la corte de una manera que, ciertamente, te hubieras sentido orgulloso si los numerosos adoradores de nuestra encantadora parisiense hubieran podido saber que su ídolo estaba destinado á hacer la felicidad de un teniente de navío que yo conozco. Por su desgracia, todos esos galanes han perdido el tiempo... No he visto nada más indiferente que la señorita de Pelvoux. Hasta se podría creer al ver su impasibilidad que no ama nada ni á nadie. Mas sobre este punto no hay para qué hacer caso de la opinión de una muchacha como yo, que ni conoce el mundo, ni ha vivido más que en medio de los bosques. Probablemente, vuestra hermosa Alina se halla al corriente de la diplomacia social y disimula sus sentimientos hasta el extremo de hacer creer que no tiene ninguno.

»Me engaño, sin embargo: hay una cosa que ama por encima de todo: los bailes y las fiestas. Te aseguro que bailó como nadie en el último baile de la Prefectura Marítima. Hay que reconocer que baila muy bien; aún tengo en el oído el eco de los elogios que provocó al pasar valsando con el ayudante del general que manda la división de Vannes. No recuerdo su nombre, pero es uno de los más airosos galanes que pueden verse. No se oía en torno de ellos más que esta voz unánime: «¡Oh, qué hermosa pareja!» Conque, primo mío, quedas advertido ya. Nunca te he visto bailar, mas estoy persuadida de que lo haces de una manera arrebatadora. De todos modos, no olvides ejercitarte en el baile, pues tu mujer te hará valsar en grande á la vuelta de cada una de tus campañas.

»Ahora tengo que revelarte una cosa que quizás no te sorprenda y es que los asuntos de tu futura suegra van más de prisa que los otros. Es más que probable que á tu regreso hallarás casada á la señora de Pelvoux. Donde digo señora de Pelvoux debiera decir señora de Defresne, pues es el capitán de fragata de este nombre el que desde antes de tu salida se presentó candidato á la sucesión del difunto señor de Pelvoux. He oído que si mi tutor hubiera querido ser en esta materia tan perspicaz como lo es en cosas de marina, hubiese podido triunfar sobre este rival de hoy. Pero tu hermano, ya lo sabes, es poco aficionado á las cosas profanas, según él mismo dice cuando habla del matrimonio, y me parece destinado á morir soltero; al mismo tiempo que excelente marino, á menos que no se decida á hacerse definitivamente ermitaño de Ely.

»Mi buen primo Pablo, encontrarás sin duda que estoy charlando demasiado, sin orden ni concierto, y que es excesiva esta audacia en una muchacha que rompe copas de champagne en la mesa. Pero te ruego no olvides que esta muchacha tendrá pronto diez y nueve años, edad respetable aun tratándose de las ondinas de Rhuis. Añade á esto que estoy saliendo de mi ignorancia, á lo cual me ayuda mi querido tutor, y que mi buena Gwen, que no se rejuvenece, ha vuelto á empezar sus estudios para que yo no la deje atrás. Sus cuarenta años, edad á la que está próxima, me prestan diariamente el auxilio de su experiencia, enseñándome á no precipitarme en mis juicios.

»¿Es necesario decirte que la quiero más cada día y que me empeño en hacerle olvidar mis travesuras y mis faltas de respeto de otras veces; en una palabra, todos los sobresaltos por que mi infancia indómita ha hecho pasar á su buen corazón?

»También he de hablarte del pobre padre Alain. A pesar de sus setenta y dos años no está mal de salud, y eso que afecta prever su próxima muerte. Nunca lo veo más alegre que al abordar este fúnebre asunto.

— »Ya ve usted, señorita Lena, me dijo el otro día, Dios concede á los viejos marineros como yo el favor de no prolongar sus últimos momentos. Les coge hoy la enfermedad, y á los tres días ¡crac!, todo está concluido.

»Naturalmente, yo combato con todas mis fuerzas tan lúgubres previsiones, y me siento dichosa cuando veo que eso no le impide salir al mar..., simplemente á recrearse. Una singularidad que quiero que sepas. Figúrate que — había olvidado decírtelo — Gwen y yo, hace algún tiempo, habíamos repuesto el mobiliario de su casita y especialmente su batería de cocina. Entonces al buen hombre se le puso en la cabeza que su vivienda no era digna de los muebles, y como aún le quedaban unos diez metros cuadrados disponibles sobre el islote, ha vendido en 1.200 francos la casa que tenía en Saint-Gildas y con ese dinero ha hecho construir sobre la roca un verdadero observatorio de piedra. Hay en el interior tres piezas. Una, según él dice, para los amigos. Conoces como yo á los amigos

del padre Alain; llámanse, siguiendo el orden de la intimidad, Magdalena de Kéroulaz, por otro nombre Lena y por otro nombre la *ondina*; Spring, perro de Terranova, y miss Gwen Hotspur, á quien el bueno de Alain llama ahora la *señorita Graine*.

»Creo, mi querido primo, que estarás satisfecho de mí: he llenado ocho páginas de un lado á otro y de arriba abajo, de las cuales cuatro, por lo menos, consagradas á lo que más te interesa. Ya es hora de poner punto. Aún tendrás tiempo de contestarme antes que tu buque emprenda el camino de Francia.

»Spring, que no se separa de mí un momento y que acaba de ladrar de alegría oyéndome escribir su nombre, te manda sus felicitaciones más sonoras. Yo te envío el más parisiense de los saludos que he aprendido durante los dos meses de residencia en Lorient en compañía de quien tú sabes.

»Tu respetuosa prima

»ONDINA.»

Magdalena cerró el sobre con cuidado y entregó la misiva al cartero á la hora en que le tocaba á éste ir por el castillo, ó sea á las once de la mañana.

Corría el mes de octubre.

Era el segundo otoño que pasaba desde que se fué Pablo.

Las cosas habían cambiado mucho de aspecto y aguardábanle al oficial de marina no pocas sorpresas. Lena estaba también muy cambiada.

Sólo aquella carta bastaba para revelar al teniente de navío la transformación de su prima. La crisálida se había convertido en mariposa; el espíritu de la mujer había roto los lazos de la infancia.

Sin perder nada de su virginal candor, Magdalena había adquirido esa gracia en las actitudes, esa originalidad en el carácter, ese giro intencionado y esa verbosidad en la conversación que dan á las mujeres distinguidas un encanto tan poderoso y una atracción tan viva sobre los que están cerca de ellas.

Y no era sólo el ser intelectual, sino el ser moral el que había adquirido tal grado de perfeccionamiento.

En aquellos dos años de educación había aprendido Lena tanto como otra mujer aprende en diez años. Sin esfuerzo, por un desarrollo espontáneo de sus facultades, había adquirido, á la par que sólidas virtudes, esas cualidades brillantes que á la mujer adornan á los ojos del mundo.

Siguiendo los consejos de Gwen, que no era ya para ella más que una amiga, y las indicaciones de su tutor, que iba convirtiéndose en padre de su pupila, Lena fué acostumbrándose á pasar algunas temporadas fuera de Ely. De esto no escribió á Pablo nada ó casi nada.

Voluntaria ó involuntariamente, se olvidó de decir á su primo que las temporadas que pasó en Lorient durante los dos años formaban en junto cerca de ocho meses; que, además de aquellos viajes á la hermosa prefectura marítima del Morbihán, había estado dos veces en París, y que aquellos cambios de residencia habían extendido el círculo de sus relaciones, las cuales se hicieron más variadas, gracias á sus disposiciones maravillosas para todos los ramos del saber, á un verdadero talento musical que desdeñó durante largo tiempo, á su afición por el canto, que cultivaba con exquisito gusto y que añadía atractivos á su voz, de suyo hermosa y bien timbrada, y al estudio del dibujo y de la pintura, en el que adquirió conocimientos suficientes para practicar este arte, donde por la observación se llega hasta perfeccionar la naturaleza misma.

A medida que se enriquecía su espíritu, desarrollábase paralelamente su cuerpo, confirmando el adagio latino: *Mens sana in corpore sano*.

Estaban realizadas ya todas las promesas de su infancia rústica. Magdalena de Kéroulaz era admirablemente hermosa.

Aquella hermosura era un embarazo para su modestia, un motivo de fatiga y de enojo para su voluntad, fija en la idea de conquistar el amor de su primo. Pedro de Guenezán vióse obligado á presentar á su pupila en sociedad, donde produjo profunda y seductora impresión, y á abrir las puertas del castillo de Ely á varios pretendientes más ó menos disfrazados.

La cosa no se había limitado á eso.

Diéronse pasos, más ó menos francos, cerca del comandante, que empezaba á hallar abrumador el peso de la tutela de una soberbia joven de cerca de diez y nueve años, asediada por las madres deseosas de la felicidad de sus hijos y por los hijos á quienes atraía el brillo de un encanto incomparable.

Lena había aprendido mucho en aquellos veintidós meses, sobre todo adquiriendo el discernimiento necesario para distinguir el verdadero afecto de los cálculos interesados; mas carecía naturalmente de esa experiencia que sólo se obtiene con la edad.

Por fortuna, servíanle de sostén la constancia y la tenacidad de su amor por Pablo.

Vago é irreflexivo al principio, aquel amor había adquirido toda la seriedad de las santas afecciones que se practican igual con la austera abnegación del deber que con las legítimas alegrías de los lazos sagrados.

Independientemente de su voluntad personal, las circunstancias contribuyeron á afirmar en Lena la resolución decidida de no casarse más que con Pablo de Guenezán, su primo en cuarto grado.

En efecto, el nombre del joven oficial había brillado en dos ocasiones con gran prestigio.

La primera vez la prensa del mundo entero lo había elogiado con motivo de un combate victorioso, en el cual, con una chalupa cañonera y veinticinco hombres, derrotó á cuatro barcos de piratas chinos y malayos en la bahía de Along.

La segunda vez, los periódicos marítimos franceses habían contado en detalle el rasgo de sobrehumana audacia y al mismo tiempo de admirable serenidad del teniente de navío Pablo de Guenezán que, desempeñando el cargo de comandante á bordo del *Volta* por enfermedad de sus jefes, salvó á la tripulación de una muerte segura atravesando con valor y serenidad la cola de un tifón desencadenado, en las costas de la isla de Hai-Nan.

Lena había sentido vibrar en lo más profundo de su corazón el eco de aquella admiración universal. Sí, Pablo era el héroe con que había soñado, y como la ondina del mito, desde hacía veintidós meses, plazo más largo que el de la leyenda, iba ella adquiriendo día por día, hora por hora, no sólo un alma, su propia alma, sino también el corazón de aquel amado ausente que corría el peligro de caer en poder de una coqueta desprovista de alma en absoluto.

Como la joven no podía, ni se hubiera atrevido á ello por timidez, ni en ello hubiera consentido por natural orgullo, ser la primera en revelar el estado de su corazón, quiso expresar á su primo la admiración que por él sentía, enviándole un presente tan delicado como sincero.

Ideó enviarle bajo sobre algunos líquenes secos del más viejo *men-hir* de Saint-Gildas, juntos con una ramita de zarza. Lo envolvió todo en una cinta azul y escribió en un papelito, prendido con un alfiler á la cinta, estas solas palabras:

De parte de la ondina de Rhuis.

¡La ondina de Rhuis! Nada le impedía tomar el nombre de la graciosa heroína de la leyenda, puesto que Pablo ignoraba la poética ficción y aquel nombre sólo le haría recordar el de su prima Magdalena de Kéroulaz.

Entre tanto, los pretendientes á la mano de la joven estrechaban el círculo, uniéndose en cierto modo para el asalto y aspirando ya á conquistar su corazón, ya á arrancarle por sorpresa su consentimiento.

Cosa sorprendente para Lena, el ataque llegó por un lado que no había previsto. Fué su tutor en persona quien se hizo intérprete de los diversos pretendientes que la solicitaban, reservando á Magdalena la completa libertad de elegir entre ellos el que fuese de su preferencia.

Aquella «batalla del matrimonio», como la joven la llamaba en el acceso de loca alegría que le produjeron las gestiones de los principales candidatos, dióse en los últimos días de la estación, cuando las hojas muertas cubrían ya los estrechos senderos de las arboledas de Saint-Gildas y de Sarzeau.

El capitán de navío, que esperando un mando próximo gozaba de los últimos instantes de aquella temporada campestre, dirigióse á Magdalena una tarde á eso de las dos y media, viéndola ocupada en cortar las puntas de las ramas de unos rosales.

La halló en aquel momento tan resplandeciente de juventud y de hermosura, que el tenaz solterón experimentó al contacto de aquella frescura adorable algo así como un remordimiento de no haber nunca prestado culto al dios de los himeneos. El cariño profundo é intenso que había consagrado á Lena le arrancó un suspiro.

— ¡Ah, si en vez de ser mi pupila fuera realmente mi hija!., murmuró.

Y pensó en sus cuarenta y cuatro años cumplidos.

En efecto, podía ser el padre de una Lena de la misma edad que aquella.

Pedro de Guenezán meneó su cabeza, queriendo alejar aquel remordimiento importuno é inútil. Era ante todo un hombre razonable.

— ¡Lena!, exclamó.

— ¿Mi tutor?, contestó Magdalena mirando hacia él, sin dejar el instrumento con que cortaba.

— Ven aquí un rato, dijo el comandante. Tenemos que hablar.

La joven acudió, graciosa y encantadora, con ese andar ondulante algo perezoso, en el cual, sin embar-

go, un observador hubiese al momento reconocido la vivacidad de los nervios y el ardor de una sangre generosa.

Pedro la cogió de las manos, y riendo, si bien un tanto conmovido por el asunto que iba á tocar, dió á su voz las inflexiones de una alegría exagerada.

— ¿Sabes que ya no eres una niña, ondina?... ¡No, nada de eso!

Ella, en el mismo tono, replicó:

— ¡Como que voy ya para diez y nueve años!

y medio. Tendré entonces que darle á usted las cuentas de mi tutela, á no ser que un acontecimiento imprevisto, aunque fácil de prever, no adelante el plazo, lo cual me colmará de alegría.

— ¿Qué acontecimiento, mi tutor?

— ¡Pues la cosa está bien clara! El que suele poner fin á la vida de soltera de una mujer.

— Quizás la entrada en un convento...

— ¡Déjame en paz! Tú no naciste para monja.

— ¡Bah! Eso no lo sabe usted...

es igual, y que una vez transcurrido ese plazo me reservo hacer mi elección, según mis inclinaciones, aunque me arriesgue á quedarme soltera.

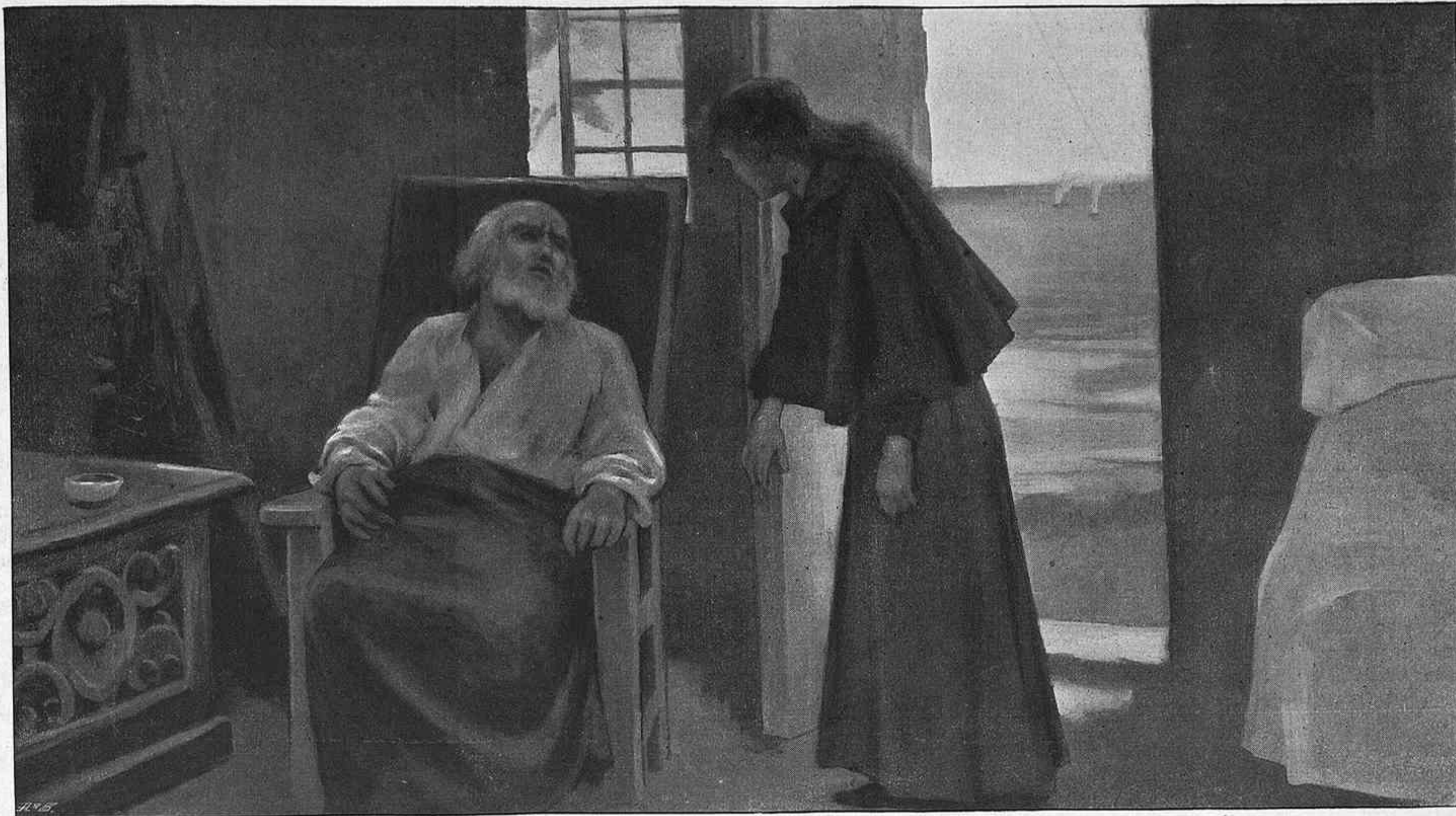
Pedro se encogió de hombros, exclamando:

— ¡Bah! No es esa tu resolución terminante...

— Terminante... para esos señores. Y ahora, mi querido tutor, vuelvo á cortar mis rosales.

Pedro no pudo sacar más en limpio y se alejó diciendo entre dientes:

— ¡Hum! Esto no es natural.



El pobre Alain se va... Muy pronto habrá dejado de vivir

— Lo sé perfectamente, Lena, y es por eso por lo que he decidido hablarte.

— ¡Ah! ¿Es que á los diez y nueve años tengo que saber algo nuevo?

— Acaso. Por de pronto, debo decirte que son bastantes los que se han fijado ya en que te aproximas á los diez y nueve años. Para ser más exacto, te diré que se te encuentra, si no una mujer en todo el sentido de la palabra, por lo menos una cumplida señorita. Así opinan cuantos te conocen.

— Todos esos que me conocen son demasiado buenos y amables..., mas ¿á qué viene esa unanimidad de elogios?

— ¿No lo adivinas?

— ¡Ah! No sé si tengo derecho á adivinarlo...

— ¡Vamos! ¡Ya diste en ello! Veo que me has comprendido. Gracias; así me ahorras el exordio. Puesto que entramos bruscamente en el debate, abordemos el asunto. Estás en edad de casarte.

Magdalena al oírlo rompió á reír.

— ¿De modo que es eso lo que me quería usted enseñar, que el momento de casarse es á los diez y nueve años? Pues bien, mi buen tutor, espere usted que llegue á esa edad; no tengo todavía más que diez y ocho años y medio.

Y la joven dió con el tacón un golpecito en el suelo.

— Vamos, Lena, no te burles de mí. He tomado siempre en serio mi papel y en serio quiero seguir tomándolo en esta ocasión.

Y como Lena continuaba riéndose, apretando sus labios burlones para contener la risa, Pedro la pegó amistosamente con la mano en un carrillo, añadiendo:

— Pícaro, no es eso lo que te digo. En vez de mirarme con ojos de indisciplinada, me deberías ayudar á cumplir mi misión. Conque ¡á ver si me ayudas!

Lena dió media vuelta girando sobre sus talones, y de espaldas al comandante, exclamó:

— Me pondré así, puesto que no quiere usted que le mire. ¿En qué debo ayudarle? Ordéneme y seré dócil.

— ¡Oh, insoportable criatura!, gritó Pedro con furor cómico. Pues bien: continúa como estás. No has de intimidarme por eso. He aquí de qué se trata.

Y con una solemnidad de tono que contrastaba con la reprimida hilaridad de Magdalena, comenzó:

— Señorita Magdalena de Kéroulaz, mi querida pupila, va usted á ser mayor de edad dentro de dos años

— Pues ¿no he de saberlo? Estoy seguro, y prueba de ello es que tengo llenos los bolsillos de cartas de amigos y de conocidos pidiéndome el favor de ser presentados á ti, y disputándose el peligroso honor de darte una existencia tejida de seda y oro.

— Vea usted, mi tutor, las consecuencias de tomarse por mí un interés tan excesivo: esos amigos y conocidos ignoran mis inclinaciones. El oro y la seda no constituyen la felicidad.

— ¡Oh! Ya lo sé. Es un antiguo proverbio. La fortuna no hace la dicha, pero ayuda á ser feliz. Y tu fortuna es bastante crecida.

— Once mil trescientos cuarenta y dos francos de renta, mi querido tutor.

— ¡Cómo! ¿Has revisado mis libros?

— Algunas veces, sin que usted lo haya notado, y eso que encontraba usted hechas las sumas. Pero esté usted tranquilo, también sé á cuánto sube su renta de usted y la de mi primo Pablo.

— ¡Ah! ¿De modo que has dejado ya de ser una ondina?

— Acabemos nuestro diálogo, mi querido tutor. Me ha dicho usted que ha recibido numerosas cartas de candidatos á mi fortuna...

— A tu mano, loquilla.

— Bueno: ¿y cuántos son? ¿Doce, quince, veinticinco?

— Cinco, mi Lenita, con méritos diversos...

— La diversidad no cambia nada á la cosa... ¿Y qué piden esos señores?

— ¡Pues no es difícil suponerlo! Piden una respuesta... favorable; de eso no cabe duda.

— Pero lo de «favorable» no creo que sea obligatorio. ¿Usted no está obligado más que á dar una respuesta?

— ¡Sea!, dijo Pedro. Dame la respuesta.

Lena permaneció unos segundos silenciosa.

Después murmuró:

— ¿Y tengo que darla completa, definitiva?

— Sí, hasta donde sea posible.

Entonces llevó á cabo una nueva conversión á la derecha, y colocándose con los brazos cruzados delante de su tutor le dijo resueltamente:

— Pues bien: responda usted á todos sus candidatos que no tengo ninguna necesidad de confiar mi dicha á nadie más que á mí misma; que quiero acabar bajo su tutela de usted los dos años y medio de minoridad que me quedan, en Ely ó en otra parte, me

Mas como era un espíritu apacible y lleno de confianza en el buen sentido de su pupila, no volvió á preocuparse de lo que consideró un modo de pensar momentáneo. El porvenir, en plazo muy breve, daría la clave del enigma.

Sucedió que otro tuvo la clave del enigma antes que él.

El 22 de diciembre por la mañana, tres días antes del día de Navidad, Lena dirigió sus pasos al islote y le sorprendió que su llamada á Alain quedase sin respuesta.

Sin embargo, Alain estaba en la casa, no cabía duda.

En efecto, la punta del palo del bote veíase por encima de la cortadura roquiza, atestiguando la presencia del anciano en su albergue.

Estaba baja la marea. Lena pudo franquear el foso sin esperar á que la mano del viejo marinero empujase el puente movable que, por un exceso de lujo, había reemplazado á las antiguas tablas.

Spring llegó antes que ella al islote.

Magdalena sintió al perro arañar en la puerta, que se abrió. Un instante después, la joven oyó un largo alarido que le hizo comprender que el inteligente animal había encontrado en el interior alguna cosa extraordinaria. Corrió al subir la ligera pendiente y franqueó á su vez la entrada de la casita.

También á su vez, apenas hubo entrado, lanzó un grito.

Contra su costumbre, Alain Le Gadek estaba sentado en el sillón de cuero que le regaló la ondina hacía un año.

Estaba inmóvil, en la más honda postración, tan brusca y tan profundamente marcado por las huellas del mal, que Lena, sintiendo un golpe en el corazón, ya no fué dueña de sí misma para ocultar á Le Gadek la impresión que sufría.

Pero nadie mejor que uno mismo conoce su propio estado.

Una pálida sonrisa iluminó sus ojos y resbaló por sus labios. Después murmuró con serena resignación:

— Cuando yo le dije á usted, señorita Lena, que esto vendría muy pronto... ¡Esto habrá acabado para Navidad!.. ¡Ah! Lo conozco bien... El pobre Alain se va... Muy pronto habrá dejado de vivir... ¡Para Navidad todo, sí, todo habrá concluido!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL MICROFONÓGRAFO DUSSAUD

M. Dussaud ha hecho recientemente nuevos experimentos sobre la percepción de los sonidos por los sordo-mudos por medio de un aparato combinado á

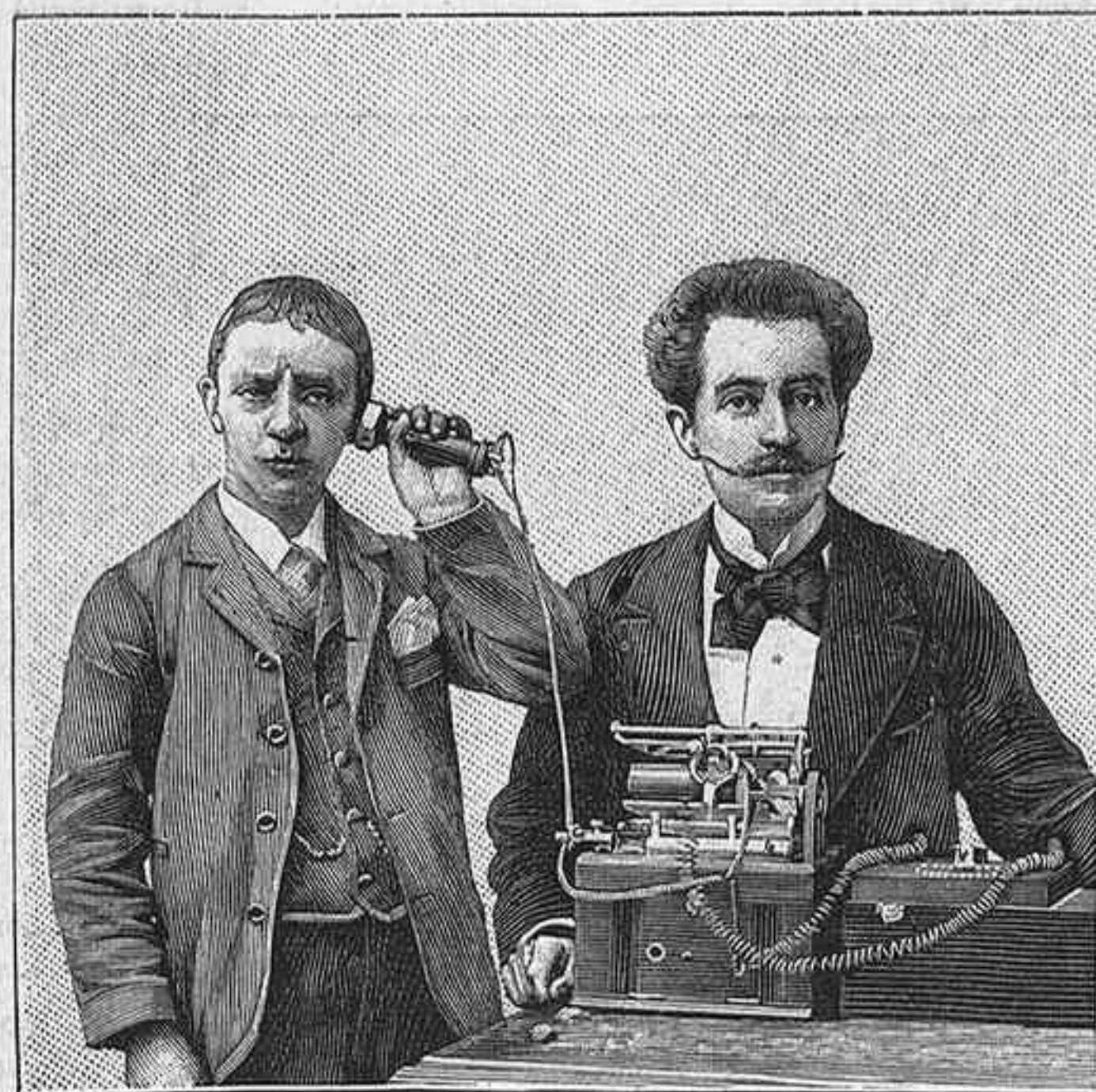


Fig. 1. — M. Dussaud y el joven sordo-mudo aplicando á su oído el auditivo telefónico. El aparato no funciona y el semblante del sordo-mudo tiene su expresión de tristeza habitual.

este objeto, que se denomina *microfonógrafo*. Sirve éste para amplificar la voz, del mismo modo que la lente amplía las imágenes, y por consiguiente abre en las ciencias un nuevo capítulo, la *microfonografía* ó *microscopía del sonido*.

Este instrumento permitirá estudiar, en la auscultación, los más débiles ruidos de los órganos sanos ó enfermos, y además prestará inmensos servicios á los sordos y á los sordo-mudos.

M. F. Dussaud nació en 1870, y en 1891 se doc-

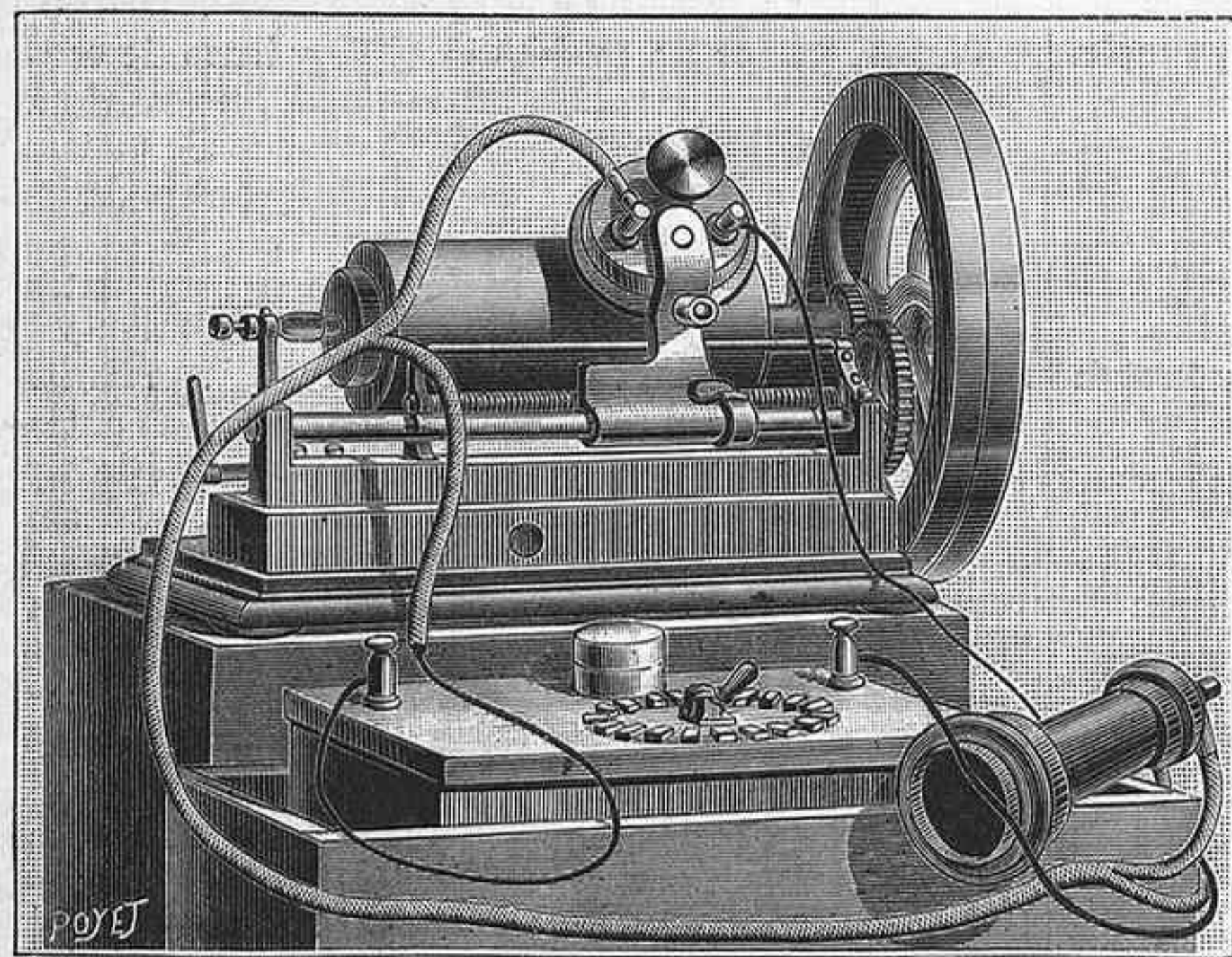


Fig. 3. — Microfonógrafo Dussaud. Vista en conjunto. — Consta de un cilindro horizontal movido por un aparato de relojería, de un micrófono registrador que gobierna el buril destinado á grabar la cera de varias pilas eléctricas y de un auditivo telefónico.

toró en Ciencias: desde 1892 enseña Física en la Escuela de Mecánica y en la Facultad de Ciencias de Ginebra. Sus trabajos sobre los perfumes, la gutapercha, la vulcanización, las amalgamas y el dorado del aluminio han tenido muchas aplicaciones y le han valido una medalla de oro por servicios prestados á la industria. En 1895 fué elegido diputado. Ha publicado muchas memorias, una de ellas especialmente muy notable sobre la refracción del sonido, en la que se expone un experimento que se ha hecho clásico.

En enero de 1896, compadecido de la suerte de una infeliz sordo-muda, reanudó un trabajo que había empezado en otro tiempo y dedicó sus esfuerzos á la invención de un aparato que aumentara á voluntad la intensidad del sonido. Después de un año de estudios y pruebas, en 29 de diciembre último hacía funcionar con éxito completo en el laboratorio de fisiología de la Sorbona y delante de algunos médicos el instrumento por él denominado microfonógrafo.

La amplificación de los sonidos pareció cosa extraordinaria, y al día siguiente el eminente doctor Laborde, director del laboratorio de fisiología, presenta-

ba á sus colegas de la Academia de Medicina el resultado de las observaciones que había hecho con el microfonógrafo. Éste comprende dos aparatos, el registrador y el repetidor.

El registrador. — Compónese éste (fig. 3) de un cilindro horizontal movido por un aparato de relojería sobre el cual se fija un cilindro de cera, delante del que se mueve, por medio de un mecanismo, una pie-



Fig. 2. — Reproducción de una fotografía instantánea tomada mientras el aparato toca la Marsellesa. El semblante del sordo-mudo se alegra y el oyente marca el compás.

za de forma y tamaño de un reloj de bolsillo, compuesta esencialmente de electro-ímanes minúsculos que accionan sobre una membrana, la cual gobierna el buril destinado á grabar la cera. Para registrar sonidos débiles colócase en la región correspondiente al órgano que se ha de examinar un micrófono de un sistema especial, que se comunica con el microfonógrafo registrador por una corriente eléctrica, procedente de uno de los sesenta pequeños elementos de sulfato de mercurio. Mediante esta corriente, los sonidos recogidos por el micrófono son reproducidos fielmente por la membrana del microfonógrafo é inscritos en la cera por el buril.

De este modo pudieron registrarse las pulsaciones del corazón en un joven en quien se determinó artificialmente una crisis de palpitaciones, y pudieron comprobarse las variaciones que se producen en el ritmo y en la intensidad de los latidos. M. Dussaud ha registrado de una manera análoga las crisis producidas en artistas y oradores por la emoción.

De suerte que en adelante se conservarán no sólo el canto y la palabra, sino que también los movimientos del alma.

En las estrofas apasionadas que exigen toda la fuerza, se comprueban golpes más secos, más precipitados, más rápidos, verdaderas emociones internas que se graban en sonidos más metálicos, más graves y que podrán reproducirse á perpetuidad como testigos de las horas en que se siente que vibra el alma entera.

Pueden inscribirse los sonidos más débiles observados en las diferentes enfermedades de los pulmones y del corazón: se comprende, pues, la importancia de

este instrumento para la auscultación y el diagnóstico; todo queda en él registrado, pudiendo repetirse hasta diez mil veces sin sufrir alteraciones. El oído de los estudiantes de Medicina podrá acostumbrarse á oír todos los ruidos de los órganos sanos y enfermos: el aparato repite lo que acaba de escuchar el profesor, y el discípulo puede de este modo darse cuenta de los mismos ruidos y no de los siguientes que pueden en cierto modo ser distintos. El profesor de Patología interna podrá hacer oír á sus alumnos por medio del microfonógrafo todos los ruidos, normales y anormales, del cuerpo humano.

El médico podrá, por medio de esas observaciones, volver á oír los ruidos patológicos que notó en su primera visita y darse cuenta del curso de la enfermedad, en los casos difíciles, cuando se trata de una consulta ó cuando es necesario para comprobar el estado de un órgano, escuchar indefinidamente sin fatiga para el médico ni para el enfermo y sin que éste se entere.

Es el estudio de lo infinitamente pequeño en el dominio de los sonidos. Un ingeniero americano, mister

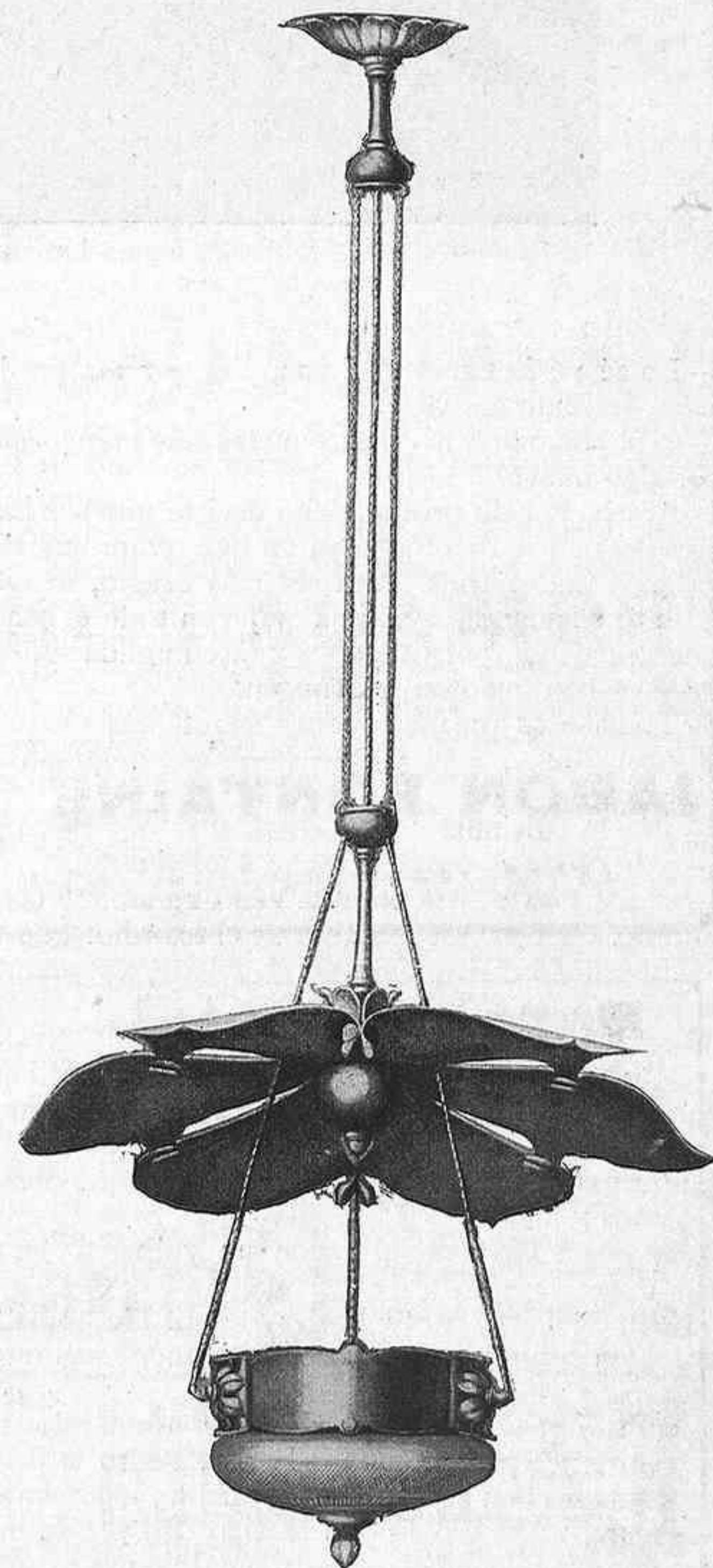
Basaldúa, ha consultado ya con Edison acerca de un trabajo que desea emprender con un microfonógrafo Dussaud extrasensible; trátase nada menos que de registrar los sonidos del pensamiento. En las horas de actividad cerebral intensa, el flujo sanguíneo produce en nuestro cerebro una serie de ruidos que la caja craneal hace resonar. El pensamiento es un sonido imperceptible á nuestro oído, es quizás una armonía misteriosa y suave que llena los medios desconocidos en que se agita el pensamiento y en donde se realizan los fenómenos psíquicos y telepáticos.

En otro orden de ideas, M. Dussaud ha registrado con un microfonógrafo horizontal los sonidos infinitesimales que producen los insectos en su marcha ó por el roce de ciertos órganos. En esta materia hay una porción de nociones curiosas antes ignoradas y que arrojan mucha luz sobre las costumbres de esos seres que tienen también su sentido musical y que andan á veces con extrañas y variadas cadencias que le son propias.

El repetidor. — Se compone también de un cilindro horizontal movido por un mecanismo de relojería: sobre él se pone el cilindro de cera grabado por el registrador, y un mecanismo hace mover delante de él una membrana provista de un estilete de punta roma. Sobre esa membrana hay un pequeño micrófono provisto de tornillos micrométricos, de muelles y palancas.

Tal es en sus partes esenciales el microfonógrafo repetidor: para servirse de él se hace circular la corriente eléctrica de uno á 60 elementos de sulfato de mercurio, la cual después de haber atravesado aquél pasa á un auditivo análogo á los de los teléfonos, en el cual se oye lo que ha sido inscrito en la cera con una intensidad variable según la corriente.

La figura 1 representa un joven sordo-mudo: el aparato no funcionaba y el rostro del infeliz tiene su



LÁMPARA ELÉCTRICA, obra de F. W. A. S. Bensom que figuró en una Exposición de Industrias artísticas celebrada en Londres

expresión de tristeza habitual. La figura 2 representa al mismo joven, según una fotografía instantánea sacada mientras el aparato tocaba la Marsellesa: inmediatamente el rostro se alegra y el sordo-mudo instintivamente marca el compás.

Actualmente se trabaja en la educación auditiva de los sordo-mudos por medio del microfonógrafo, y ya se comprenderá que este despertar del sentido auditivo les facilitará muchísimo el uso de la palabra, que hasta ahora no han podido adquirir más que por

el estudio del movimiento de los labios. No hay que olvidar que los sordomudos son mudos porque nunca han oído los sonidos, y que el microfonógrafo, al darles la percepción de éstos, cuando aún tienen algunos vestigios, por débiles que sean, de capacidades auditivas, ha de ser un poderoso auxiliar para mejorar su pronunciación.

Por lo que toca á los sordos, se ha llegado en muchos casos á sensibles mejorías aplicando el aparato dos horas al día durante cierto tiempo, lo cual es muy natural, porque los sordos son personas á quienes debería hablarse mucho y á quienes se habla muy poco

por el cansancio que produce. Sus facultades auditivas se debilitan cada vez más por falta de uso, y si tienen un oído mejor que otro consagran á él toda su atención y el malo empeora de día en día. El microfonógrafo despierta por la gimnasia auricular los órganos dormidos y perezosos, y los estimula á vibrar con sus sonidos tan potentes que un oído normal no puede tolerarlos ni un segundo sin experimentar fuertes dolores.

Además el microfonógrafo constituye un *audiómetro* muy exacto por el número de elementos necesarios para oír los sonidos perceptibles, hasta el punto

de que uno de los jóvenes sordo-mudos tratados por ese aparato que hace diez meses necesitaba 22 elementos, hoy tiene bastantes con dos. El aparato mide, pues, la sordera, y sólo por esto es ya de gran utilidad á la Medicina para comprobar las mejorías ó las agravaciones en las diversas fases de un tratamiento ó en los diversos períodos de la vida humana.

Los aparatos de M. Dussuad han sido contruados por un hábil mecánico francés, M. Sivan.

JORGE F. JAUBERT

(De La Nature)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE DE BLANCARD
 Con ioduro de Hierro inalterable
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMO ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS etc., etc.
 Exijase la firma y el sello de garantía.
 PARIS 40, rue Bonaparte, 40

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.



UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados benéficos se extienden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS del DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, 102, B. Richelieu, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acridad de la Sangre, Herpetismo, Acan y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
 TARIN, Farmacéutico de 1^a Clase, ex-interno de los Hospitales
 PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Hergotina y Grageas de Hergotina BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILAVOL. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

MONUMENTO ERIGIDO EN ROMA A LA MEMORIA

DE MARCOS MINGHETTI

Si Cavour tiene derecho a la gratitud de Italia, bien merece Marcos Minghetti los honores póstumos que se le han tributado. En él tuvo el conspicuo ministro un entusiasta colaborador en su patriótica empresa de la unidad italiana, y las modernas ideas uno de sus más ardientes y prácticos propagadores. En el luctuoso y difícil período de la constitución de aquel país, dió muestras Minghetti de su superior inteligencia y de su acendrado amor a la patria que le vió nacer, dedicando todas sus energías y su actividad a la realización de sus nobles ideales. Bien puede envanecerse Bolonia contándole en el número de sus más ilustres hijos, ya que pocos de entre ellos habrán podido prestar a la causa nacional tan señalados servicios.

El hermoso monumento que hoy embellece la plaza de San Pantaleón de la Ciudad Eterna significa el reconocimiento de los méritos que tanto enaltecieron al eminente político y estadista. Italia debíale fehaciente testimonio de su gratitud, y entendemos que ha satisfecho la deuda contraída cual cumplía a la significación de Minghetti y a la hidalguía y caballerosidad del pueblo italiano. El monumento es una hermosa obra, en la que el distinguido escultor Sr. Lio Gangeri ha sabido interpretar con singular acierto el concepto a que debía obedecer su ejecución. La estatua de Minghetti, en actitud serena y reposada, descansa sobre un robusto basamento, en uno de cuyos frentes se apoya y destaca un interesante grupo formado por la sedente estatua de una matrona, alegórica y bella representación de la *Política*, y junto a ella la de un hermoso jovencito, casi un niño, que representando al *Pueblo*, al nuevo Estado, sostiene la nacional enseña. Estas dos estatuas, que sintetizan la vida y la obra de Minghetti, están modeladas con la amplitud del gran arte y concebidas con felicísimo acierto. El Sr. Gangeri se ha identificado con la personalidad de su ilustre compatriota y ha logrado realizar una obra digna de su recuerdo y de la grandeza de la nación italiana.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

LA UNIÓN DEL MAGISTERIO. — El número 1.º del volumen segundo de esta revista quincenal que se publica en Monterrey (México) y que es órgano de la Sociedad Pedagógico-Mutualista, contiene varios trabajos relativos a la marcha de ésta.

RÉPROBO, por *Eugenio Deschamps*. — Folleto en el cual se dirigen severas censuras contra una elevada autoridad de la República Dominicana. Está escrito en Nueva York, en donde hubo de refugiarse el autor, perseguido por razones políticas, según del folleto se desprende.

LA CAMPAÑA DE WEYLER EN VUELTA ABAJO. — La *Propaganda Literaria de la Habana* ha comenzado la publicación



MONUMENTO ERIGIDO EN ROMA A LA MEMORIA DE MARCOS MINGHETTI, obra del escultor Lio Gangeri

en folletos sueltos de una interesante crónica de la actual guerra: el que nos ocupa es una curiosa y detallada narración de las operaciones realizadas en Vuelta Abajo desde que el general Weyler salió de la Habana en la madrugada del 9 de noviembre último hasta que regresó a aquella capital, después de haber recorrido la provincia de Pinar del Río y después de haber la columna Cirujeda derrotado a las fuerzas de Maceo en el combate de Punta Brava, en el que pereció ese importante cabecilla.

BARCELONA A LA VISTA. — Se ha puesto a la venta el cuaderno 7.º de este interesante álbum que publica en esta ciudad el conocido editor don Antonio López: contiene 16 bonitas autotipias que reproducen el mercado de San Antonio, la iglesia del colegio de Jesuitas, la plaza de Urquinaona, el convento de las Magdalenas, el convento de Misioneros del Sagrado Corazón, el gran salón del Palacio de Bellas Artes, la iglesia de Santa María del Pino, la entrada del cementerio del Este, el patio de la casa del arcediano, la iglesia de San Justo y San Pastor, el Museo de la Historia, el gran puente del Parque, el claustro de la iglesia de la Concepción, la Casa de Misericordia, el patio y la escalera de la Audiencia y el mono del Parque. Este cuaderno, como los anteriores, véndese a 30 céntimos.

PANORAMA NACIONAL. — El cuaderno 17 de esta interesante colección de bellezas de España y sus colonias que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contiene una magnífica vista panorámica de Barcelona (2.ª mitad) y catorce fotografías que representan: los arcos de Teruel, el palacio de Olite (Navarra), el convento de San Francisco en Teruel, la exploradora de un acorazado, el claustro de la catedral de Pamplona, una puerta en el claustro de la catedral de Pamplona, el museo Raxa en Mallorca, el salón llamado japonés en el palacio de Aranjuez, un sargento europeo del ejército español de Filipinas, la sacristía de la iglesia de Santo Domingo en Salamanca, la portada de la iglesia de Montesión en Palma de Mallorca, las galerías del jardín del palacio del Infantado en Guadalajara, unos sepulcros antiguos en la catedral de Salamanca y una vista de Sitges (Cataluña). Cada lámina va acompañada de su correspondiente explicación hábilmente hecha en unas cuantas líneas que, aun con ser muy pocas, dan perfecta idea de lo que cada una de aquéllas representa. Este cuaderno, como todos los anteriores, se vende al precio de 70 céntimos.

REVISTA MUNICIPAL DE NUEVA SAN SALVADOR. — El número 11 de esta revista salvadoreña inserta, además de algunas disposiciones legislativas y actos municipales, un trabajo sobre *El municipio español en la Edad Media*, de Abdón de Paz, y otro sobre *La especulación bursátil*, de Alberto Raffalovich.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I — CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles e Influenza.

II — CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de *Jarabes* de un gusto exquisito e igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ

DE CHANTILLY

CURACIÓN SIN TRAZAS

DE LAS ENFERMEDADES DE LAS

PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Agua Léchelle

HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en var. os casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.



GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio : 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS

JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E FOURNIER Farm^o 114, Rue de Provence, en PARIS

en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

CARRERAS-CAZA

EMBROCACIÓN MÉRÉ de Chantilly

INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR

LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS

Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

SALUD DE LAS SEÑORAS

APIOLINA CHAPOTEAUT

La Apiolina Chapoteaut que no debe confundirse con el apiol, es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen a menudo la salud de las señoras.

Depósito en París, 8, Rue Vivienne